UN HÉROE DOMINICO MONTAÑES EN FILIPINAS

Documentos inéditos del siglo XVII

Editorial Cantabria, S. A. — Moctezuma, 2. — Santander

Excelentísima Diputación Provincial de Santander

Publicaciones del CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES,
Patronato «José María Quadrado» del Consejo Superior
de Investigaciones Científicas.

Biografía, Heráldica, Genealogía

I

Un héroe Dominico montañés en Filipinas

Documentos inéditos del siglo XVII, preparados,
con Introducción y Notas,

por el

R. P. Honorio Muñoz, O. P.

Nihil obstat
Matriti, 7 Augusti 1951
Fr. ALBERTUS SANTAMARIA, O. P., Doc. I. C.

Nihil obstat
Matriti, 24 Augusti 1951
Fr. ALAPHRYDUS PRIETO, P. O., Doc. I. C.

Vista la aprobación de los dos Censores señalados para el examen de la obra titulada "Un héroe dominico montañés en Filipinas (Vida y escritos del P. Domingo Pérez, O. P.)", por lo que a Nos toca, damos permiso para que pueda ser impresa dicha obra.

Madrid, 24 de agosto de 1951.

Fr. EUGENIO JORDAN, O. P.
Vicario Provincial

(Hay un sello que dice: Vic. Pro.ª Ssmi. Rosarii Philipp. in Hispania).

Nihil obstat
ANTONIUS SOLANO, T. O. P.
Censor

Imprimatur:
Santanderii, 7 octobri 1951
JOSEPHUS, Epicopus Santanderiensis

(Hay un sello, en tinta violeta, que dice: "Obispado de Santander").

NOTA

Desde que se ultimó este trabajo para la imprenta, han transcurrido quince años; y durante ellos el campo de operaciones del P. Domingo Pérez ha sido teatro de una guerra cruel. Bataan y Zambales pasarán a la Historia llenos de honor y gallardía, porque son nombres representativos del espíritu de un pueblo batallador contra la injusticia de una invasión pagana. Y fueron estos pueblos los que recibieron el fruto de las labores apostólicas del P. Domingo Pérez y de otros predicadores dominicos del Evangelio. Hoy día son Bataan y Zambales dos de las provincias más sólidamente fieles de Luzón, fruto de aquellas labores iniciales de tan abnegado misionero que con su sangre regó aquellos campos y selló su fe y su predicación.

DEDICATORIA:

A la piadosa memoria de mi buen hermano, Fr. Manuel Muñoz, O. P., veterano misionero de China, muerto en Filipinas en 1950 por los enemigos de Dios y de su santa Fe.

Fr. HONORIO MUÑOZ, O. P.

ADVERTENCIA

Todo cuanto se dice en esta Biografía y Relación está tomado de los documentos originales existentes en los Archivos Dominicanos. Sin embargo, se hace constar que si en el curso de este estudio se usan frases como santidad, heroísmo, milagro, **etc., no se les quiere dar otra fe que la humana, no intentando de ningún modo prevenir o implicar la Autoridad de la Iglesia, a la cual va sometido este trabajo.**

INTRODUCCION

Uno de los ilustres varones que en el siglo XVII se alejaron a las Islas Filipinas para evangelizar a sus habitantes fué el Venerable P. Fr. Domingo Pérez, hijo de la Orden de Predicadores y honra insigne de la Montaña. Era el P. Domingo, según la descripción que de él nos hace un biógrafo, de buena estatura; tenía dos varas justas de alto, corpulento, el color trigueño, el cabello liso y negro que tiraba a castaño, la nariz muy bien proporcionada, los ojos negros y las cejas muy pobladas, la boca bien cortada; era muy poblado de barba, y todo su cabello sin señales de entradas.

Los horrores de la mar nunca han espantado a los montañeses, lo que ayuda a explicar la afluencia de tantos cántabros al mundo de Colón. El Padre Domingo Pérez vino a Filipinas por Méjico, según se practicaba entonces, pues se consideraba a las islas de Magallanes como dependencia de la Nueva España. Aquí en Filipinas enseñó por algún tiempo en el Colegio-Universidad de Santo Tomás. Mas esto debió de durar poco tiempo. Su ambición era misionar entre los infieles, ilustrarles con la doctrina del Salvador, traerles a la luz de la fe, y enseñarles a vivir según la civilización cristiana de la España de aquel tiempo. Porque su empeño, ciertamente, era la evangelización; mas ésta no se podía llevar a cabo mientras no hubiera acceso a los naturales, mientras no se les hiciera vivir en sociedad, en pue-

blos, en ciudades. Por eso, uno de los primeros pasos que dió el Padre con ese fin, fué hacer bajar a los indígenas a vivir en poblado. Hasta entonces la vida de éstos había sido selvática; moraban en las montañas; se alimentaban de los frutos de los árboles, de la caza de animales, y algunas tribus había que eran caníbales. No plantaban ni sembraban. Su vestimenta era muy escasa y su calzado nulo. Carecían de toda industria, no tenían iniciativa ninguna si no era para ver cómo flecharse unos a otros.

Mas si esto era verdad de los nativos en general, lo era en particular de los negritos zambales. Las dificultades que tuvo que vencer el P. Domingo para civilizar a éstos fueron en extremo arduas. Estuvo un año en Samal, dice la historia, y allí trabajó lo que no es decible. Juntó matalotaje, ropa y dijes con que atraer a los negritos, en que gastó muchos pesos que le dieron de limosna para el efecto. Fué a verse con los negrillos y habiéndoles agasajado y regalado y dado ellos palabra de juntarse y hacer pueblo en forma, se volvió muy contento. Juntó muchos indios, hombres y mujeres, para que enseñaran a los negrillos la policía de sus pueblos; y cargado con dichos indios, dijes, ropa y arados, volvió a sus negrillos, los cuales, mientras hallaron qué sacarle, dieron buenas esperanzas. Hizo casa y oratorio, y predicaba a los negrillos cuando la razón lo dictaba. Iban y venían los negrillos mientras hubo qué darles, y, esto acabado, se retiraron de una vez. Tal era el trabajo que ponía el P. Domingo para reducirlos a vivir en poblado. Si de cien intentos salía victorioso en uno, entonces veía el modo de asegurarles en los pueblos, enseñándoles a labrar los campos. Para ese fin fué una vez a Manila y comunicó con el Prelado el método discurrido de instruirles en la labranza. El Prelado aprobó el dic-

tamen y dió cincuenta carabaos —que sirven aquí de bueyes y cada uno tira un arado—. Juntó con éstos, otros que le dieron de limosna y todos los condujo a Zambales, aunque con gran dificultad por lo áspero de los caminos. Con limosnas que le dieron compró una cantidad de arados y semillas de arroz; buscó unos mozos de salario para arar; y con todo esto se volvió a Zambales muy contento. Abrió muchas tierras y sembrólas y diólas a los zambales; mas no por eso dejaban de irse a los montes, y en especial uno a quien no sólo se la dió sembrada, sino que el Padre cuidó de ella hasta que estaba el arroz para segar. Díjoles entonces el Padre: Ya tu arroz está bueno, ya lo puedes cortar. Y el indio, por no cansarse, se fué al monte y lo dejó.

Todo su anhelo era buscar para sus zambales, que de sí no se acordaba. Era tanto el divertimiento con ellos que, en viendo alguno que araba o hacia su casa, no se podía contener y se iba con el indio a ayudarle a trazar su casa y disponer la tierra. Estaba el P. Domingo lleno de consuelo y alegría de ver el fruto de sus trabajos ya en las manos, que es cierto padeció mucho en ir a buscarlos a los montes de ranchería en ranchería. Convencía a los primeros y luego que se los llevaba consigo a los pueblos, procuraba que hicieran casas, y dábales sementeras abiertas, carabaos, arados y semilla; y después entraba la doctrina cristiana.

Pero todo esto duraba mientras el P. Domingo tuviera qué darles, porque si faltaba él se retiraban de una vez. De ahí que el apostólico varón se veía obligado a usar de ciertas trazas para poderles hacer bajar de los montes. Una de éstas fué: avisar al Cabo de la fuerza castellana que fuese con los soldados y destruyese tal y tal ranchería, y que yendo a la vista el Padre llegaría cuando le pareciese ne-

cesario, y haría que se enojaba por tal destrucción; mas que por tal enojo no dejasen el proseguir destruyendo, hasta que el Padre lo pidiera con sumisión. Hízose así y se enojó el Padre con el Cabo, y luego con gran sumisión pidió que no acabasen de destruir aquellas rancherías; y suspendió el destrozo como estaba pactado. Iba luego a los dueños de ellas y se lamentaba, entristecía y aun lloraba realmente con ellos. Con lo cual cobraban miedo a los soldados, tedio a sus habitaciones, más de animales que de hombres, y cobraban amor al Padre. Y de esta suerte atrajo a los pueblos muchísimos, aunque muchos no perseveraron. Cuando el Cabo de la fuerza hacía alguna entrada en el monte, bajaban los más al pueblo, y para que perseveraran enviaba el P. Domingo uno o dos indios con dos piececillas de a dos palmos al monte, de noche, para que disparasen dos o tres tiros sin bala. Hacíanlo así y con el ruido de la pólvora bajaban al pueblo los que se habían quedado en el monte, y los que ya habían bajado temían volver allá; y todos se admiraban entendiendo que el castilla *—el español— supiese cuándo iban y venían al monte sin dejarlos sosegar.*

Estas trazas *y otras* estratagemas *—como las llaman los historiadores— tenía que discurrir el Padre Domingo para convencer y forzar a los zambales a vivir cívicamente. Los rudos trabajos que tuvo que sufrir desde que se dedicó a civilizar y convertir a estos bosqueños no podían tener otra recompensa humana que la ingratitud, ni otra divina que el martirio, a mano de uno de los los más favorecidos cristianos. Nada podía esperar el Venerable apóstol que humanamente recompensase sus labores evangelizadoras. Todo cuanto hacía para bien de sus indios, carecía de significación ante ellos. Los*

pueblos que fundó, los montes que desleñó, los puentes que construyó y los caminos que allanó y desbrozó para dejar expedito el tránsito entre los pueblos por él fundados; todo eso y mucho más iba a ser despreciado por quienes, después de haber estado por más de sesenta años al cuidado de otros religiosos, estaban desposeídos de la más remota noción de gratitud humana y cristiana.

Así, pues, ocurrió que volviendo de visitar unas rancherías, al doblar la espesura de un bosque, oyó silbar un objeto que le robó una cuenta del rosario que, pendiente de su cuello, reposaba sobre el pecho. Era una saeta que el traidor le lanzó desde el escondite. Al querer tornar su rostro hacia el origen de donde el acero procedía, otra llegó que le atravesó el pecho saliendo parte de ella por la espalda, de cuyo resultado murió tres días después. Esa fué la gran retribución que a varón tan apostólico le estaba deparada: morir por la fe a manos de aquellos en cuyo favor se había desvelado. No es el discípulo mayor que su Maestro, ni su suerte mejor.

La vida admirable e instructiva de este civilizador dominico fué escrita en diversas ocasiones por varios autores. El compañero del P. Domingo durante su estancia en Zambales, el P. Fr. Juan Rois (Ruiz), escribió pasajes aislados de su vida. Sin embargo, el ejemplar que aquí damos es el compuesto por el P. Fr. Juan Peguero, quien, como nos dice él mismo, sacó toda su información de varias fuentes: "Lo aquí escrito es sacado de muchas apuntaciones del P. Fr. Juan Rois, que vivió en Zambales en compañía del P. Fr. Domingo Pérez cuatro años, y lo confesó generalmente para morir; y de noticias del P. Fr. Gregorio Jiráldez; y otras muchas cosas que a mí me comunicó en diversas ocasiones el P. Fr. Domingo Pérez."

De los varios manuscritos de esta vida, conservados en el Archivo de la Provincia del Santísimo Rosario de las Islas Filipinas, juzgamos ser éste el más auténtico y exacto. Y he ahí el motivo por que le ofrecemos al público.

La "Relación" que va en la segunda parte de este trabajo, es del mismo P. Domingo, quien la hizo por indicación del P. Provincial para ayudar a los futuros evangelizadores de Zambales. Estos dos documentos, la Vida y la Relación, han permanecido inéditos hasta hoy, que aparecen por primera vez íntegros tal y como se hallan en los originales. Los historiadores se han aprovechado de ellos de un modo general, y nunca literalmente. *Aquí, pues, los ofrecemos, en moderna transcripción, para fruición de historiadores, deleite de etnólogos y entretenimiento y recreación de todo lector atento.*

Fr. Honorio Muñoz, O. P.

Colegio de San Juan de Letrán, Manila, 1936.

(Islas Filipinas)

PRIMERA PARTE

VIDA

DEL

V. P. FR. DOMINGO PÉREZ, O. P.

(1683)

Por el

R. P. Fr. Juan Peguero, O. P.

Imagen milagrosa de Santo Domingo de Guzmán
(o Soriano)

CAPITULO I

Del Nacimiento y Crianza del Venerable P. Fr. Domingo Pérez y de cómo tomó el hábito de Predicadores

El Venerable Padre y siervo de Dios Fr. Domingo Pérez fué natural de Santa Justa (1), lugar que dista una legua de Santillana, en las montañas de Burgos. Hijo legítimo de Pedro Pérez y de N. de Sierra, hidalgos conocidos. Y fué el último de cuatro hijos que tuvieron sus padres, y lo ofrecieron a Dios aun estando todavía en el vientre de su madre. Y aunque por entonces no determinaron el cómo, o adónde, al cuarto año de su edad lo ofrecieron a la Orden de Predicadores por el prodigio siguiente. Por cierto accidente, perdió el juicio la madre de Domingo, y algunas veces era tal su furia, que una escalera que había en la casa, que seis hombres muy robustos no la podían menear, la desquiciaba, y con ella amenazaba ruina a la familia y a los que a impedirla llegaban. Otras veces tomaba una espada y saliéndose a la calle, metía miedo a toda la vecindad. Y si descuidada la cogían, no le

(1) Actualmente, lugar de Ubiarco, Ayuntamiento de Santillana del Mar. Se conserva en Ubiarco una ermita dedicada a Santa Justa. (Nota del P. Honorio Muñoz, O. P.)

podían sacar la espada de la mano sino era atormentándola. Ni permitía la furiosa señora que persona alguna se llegase a ella. Mas como su marido, Pedro Pérez, sabía el cariño que tenía a su hijo Domingo, le decía al niño: "Anda, dile a tu madre que eres el ángel de su guardia, que te dé la espada para defenderla." Iba el niño y hacía obediente lo que su padre le mandaba, lo cual, oído de la madre, le decía: "Tú sí, hijo, eres el ángel de mi guardia. Tú sí que me quieres, y no me engañas"; y luego al punto dexaba la escalera, o le daba la espada y se apaciguaba. No hallando remedio humano Pedro Pérez para el achaque de su mujer, procuró buscar el divino. Y por ser muy notorios en aquella tierra los milagros de la imagen de Señor Santo Domingo Soriano, que está colocada en el convento de Predicadores de la villa de Santillana, prometió ir allá a novenas, y llevar a su mujer, y que si le alcanzaba remedio para el achaque de su mujer, le ofrecía desde luego a su hijo Domingo, para que fuese religioso de su Orden; y poniendo en execución lo prometido, partieron todos tres, y llegados a la presencia del Santo, y puestos de rodillas un breve espacio, dixo la enferma que llamaran un confesor, que se quería confesar. Bajó el Prior, que la confesó y dió la Comunión, y desde aquella hora quedó la madre libre de su achaque y su hijo Domingo ofrecido a señor Santo Domingo.

Cuando el niño Domingo tuvo edad competente, le enseñaron a leer y escribir con muchos aprovechamientos en la virtud; y estudiando Gramática aprovechó mucho y excedió a sus condiscípulos. Y como Dios lo tenía destinado para Religioso, lo libró siendo gramático de un peligro manifiesto de la vida. Salióse Domingo en compañía de otros condiscípulos a pasear al campo, y poco a poco se ale-

xaron del lugar cosa de tres cuartos de legua, hasta llegar a un montecillo, a donde oyeron los balidos de una cabra, y ellos, movidos de la curiosidad, buscaron y hallaron que la cabra había caído en una sima (que hay muchas por allí). Y se había quedado en un descanso o escalón que la sima tenía. Y era lo alto desde el escalón arriba cosa de dos o tres brazas. Y los estudiantes, movidos de compasión, determinaron de sacar la cabra. Para lo cual ataron las pretinas unas con otras y se ató Domingo para baxar a atar la cabra; y habiéndola atado, se puso sobre ella, sin advertir lo frágil de la soga. Y ya que estaban Domingo y la cabra para coger las manos de los compañeros, se quiebran las pretinas, y cayendo la cabra en lo profundo de la sima, donde nunca más pareció; Domingo se quedó, sin saber cómo, en el descansillo donde estaba la cabra, hasta que los compañeros fueron al lugar y truxeron sogas, con que le sacaron a las nueve de la noche sin daño alguno. Y aunque es maravilla el no haber caído en lo profundo de la sima, no es menor maravilla el no haberse lastimado en muchas piedras que tenía el descanso, o haberle picado alguna culebra.

Otra vez, saltando de unas tapias o cayendo de ellas, fué a dar sobre un gran monte de piedras, donde juzgó hacerse pedazos; mas Dios lo libró y sacó sin lesión alguna. Este caso le sucedió el día de Santa Catalina de Sena. Y el otro, día de Santa Catalina Mártir, y por ello, mientras vivió, fué devoto de las dos.

Atemorizado con estos dos fracasos, trató de tomar el hábito, y para ello se fué a Santillana, donde estaba un tío suyo, hijo de Trianos, y éste lo encaminó a Trianos, y allí tomó el hábito siendo de diecinueve años, y aunque su ánimo no era varia-

ble, sino firme y constante, lo quiso Dios fortificar con un suceso bien particular. Y fué: un conocido, siendo cansado de la aspereza del hábito, determinó dejarlo, y descubriendo su flaqueza a Fr. Domingo, que se la reprehendió, consoló y animó a la perseverancia, que le duró pocos días; porque saliendo la Comunidad a pasear al campo, el pusilánime novicio se quiso valer de la oportunidad de que no le viesen salir, para lo cual habló a Fr. Domingo con toda resolución; el cual le dió muchos y muy saludables consejos; y viendo que todo era en vano, se fué a su celda a encomendarlo a Dios; y el tentado novicio a la suya para dejar el hábito y tomar los vestidos seculares. Y pasado un breve rato fué Fr. Domingo a ver si se había ido el novicio; mas hallólo tendido, serio, y sin habla, con una calentura lenta, y así se estuvo hasta que llegó la Comunidad, y dándole la extrema unción, murió sin más sacramentos, y sin profesar. Con lo cual quedó Fr. Domingo avisado y más firme en su frailía.

Pasado el año de la probación, se previno con una confesión general para la profesión, que la hizo a catorce de octubre de mil y seis cientos y cincuenta y nueve. Comenzó y continuó los estudios con grande aprovechamiento, sin que para ellos le fuesen embarazo otros oficios que la obediencia le mandaba, como eran de sacristán, refitolero, enfermero, depositario y mayordomo de los molinos y granjas. Y en todos se hubo con aplauso de todos. Entró a oir Teología, y en el primer año, que fué el de 1663, tuvo *acto mayor y menor* (1). Y habiendo vacado la colegiatura que Trianos tiene en Santo Tomás de

(1) Con el nombre de "actos" se designan en los estudios de la Orden de Predicadores unas discusiones formales sobre temas filosóficos o teológicos que los estudiantes celebran con cierta

Alcalá, lo eligieron por colegial; y partiéndose luego para dicho Colegio, fué examinado y aprobado; y mientras se hacían las informaciones y se llegaba el tiempo de entrar en el colegio, se volvió a su convento, a donde continuó el oficio de depositario y el de mayordomo de los molinos y labranza. Y porque aquel año fué de pocas aguas y se perdían los sembrados, quitó el agua a los molinos y la echó a las sementeras. Y aunque por entonces sintió el Prior la falta de agua en los molinos, después, con la cosecha copiosisima que tuvo de trigo, dió las gracias y alabó la traza del P. Fr. Domingo.

---

regularidad, en latín, en las aulas de los colegios o Universidades. Se llama "acio mayor" cuando a esa discusión pública asisten todos los profesores y alumnos de las diversas facultades, con derecho de intervención en la disputa. Y "acto menor" se llama cuando a la discusión sólo tienen obligación de asistir los miembros de una Facultad.

Esta costumbre medieval aún perdura en nuestros dias, y se guarda con gran rigidez. (Nota del P. Honorio Muñoz, O. P.)

El venerable Padre Fray Domingo Pérez.
Retrato al óleo, desaparecido en las revueltas de la última guerra, en Manila.

CAPITULO II

De cómo pasó a Filipinas el Venerable P. Fr. Domingo Pérez

Apenas tenía un año de Colegio cuando se alistó y asignó para la provincia de Filipinas. Partió de Madrid para Sevilla en compañía del P. Fr. Pedro de Alarcón, hijo de Atocha. Y aunque el P. Definidor, Fr. Juan de Polanco, Vicario de la Barcada, les dió dinero para hacer su viaje a mula, ellos compraron un pollino en que traían las capas y algunos libros, y se fueron a pie hasta Sevilla y allí vendieron el pollino en más de lo que había costado, con que volvieron al P. Vicario casi tantos dineros como les había entregado. Llegaron a Sevilla por mayo de mil seiscientos sesenta y cinco, donde aceleró mucho el despacho de la barcada el Padre Fr. Domingo Pérez con su actividad, y se granjeó mucho crédito con su bondad y mansedumbre. Salió la barcada de Sevilla a 22 de junio de dicho año para el puerto de Santa María, a donde estuvo hasta el 4 de julio, que se embarcó y dió a la vela.

Haré digresión por contar un caso raro, aunque no toque a mi asunto. Salió la flota de Cádiz (en que iba el P. Fr. Domingo) a 4 de julio de 1665, que se componía de 28 bajeles; uno de ellos era saetia que iba a las Canarias a llevar al señor Obis-

po recién electo de las Canarias, don Bartolomé García, que desde niño se crió en Santo Tomás de Sevilla. Al séptimo día de navegación se adelantó la saetia, y siendo de noche se propasó por entre dos islas de las Canarias sin ver una ni otra. Cuando se hallaron propasados y que no podían retroceder por los vientos contrarios y que no tenían carta de marear, porque la que tenían era hasta las Canarias, determinaron dejarse ir a las costas de Marruecos y considerando si se darían por esclavos por ser menos mal que morir ahogados, y estando ya determinados a ello, mudaron de parecer y tiraron a buen ojo hacia el poniente y islas que llaman de *barlovento*. La flota, al octavo día de navegación, dió con la isla de Tenerife, y estando cerca de tierra calmó el viento, en especial a la *Trinidad*, en que iban nuestros Religiosos, y otro navío. A estos dos, por ir delante, les faltó primero el viento, y las olas los fueron llevando a tierra, que era una peña tajada de 400 brazas en alto. Dióse fondo con una ancla pequeña en 48 brazas de hondo. Y estaban tan cerca de la peña, que la resaca quebró el corredor de popa a la *Trinidad*. Allí se estuvieron desde que se puso el sol hasta que salió el día siguiente, y entonces vino un poquito de viento favorable con que pudieron salir del peligro en que estuvieron toda la noche con la muerte al ojo todos. Lo restante de la flota, reconociendo la falta de viento, montaron la isla por el otro lado, y así se libraron del peligro. La *Trinidad* y el otro navío se hallaron solos, y solos prosiguieron su viaje otros ocho días. Al cabo de ellos, una mañana descubrieron una embarcación por proa. Disparó nuestro navío una pieza sin bala, y no haciendo la señal que hiciera un navío de España, se le disparó otra pieza con bala. Esta le anduvo a los alcances, por lo cual se retiraron, y a

la tarde se acercaron por popa. Dijo el capitán que la dejaran llegar, que para hacernos mal era pequeña; y que si hubiera más ya hubieran asomado. Llegó, pues, a emparejar con la *Trinidad*, y todos prorrumpieron en un grito pidiendo misericordia para sí y para el señor Obispo de las Canarias. Al instante se aferraron las velas y pasó el señor Obispo y otras trece personas a la *Trinidad*. Al otro navío se pasaron ocho personas, y dando bastimento a treinta que quedaron en la saetia, tiraron la derrota para Puerto Rico todos tres navíos juntos. Al entrar dicho señor Obispo en nuestro navío, dijo: "Esto es vivir navegando, esto es estar en el cielo. ¡Bendito sea Dios, que puso en peligro estos dos navíos para recogernos a nosotros en ellos ahora!" Aunque era tan tarde, muchos de los que pasaron a nuestra nao no habían comido su ración por los sobresaltos de los peligros y aflicción con que se hallaban. Enseñaron la ración, que al parecer pesaría el bizcocho onza y media o menos; el agua era la cuarta parte de un cuartillo. Esto y no más se daba a cada persona cada veinticuatro horas. Entonces dijeron: "Por falta de bastimento quisimos entregarnos a los moros, porque sólo nos había quedado una pipa de agua y un poco de bizcocho y nosotros éramos cincuenta y dos personas. Y así dispusimos repartirlo de este modo, por ver si de esta suerte podíamos llegar a donde hallásemos socorro; sea Dios loado por sus misericordias". Caminaron los dos navíos y la saetia otros ocho días, que fué al veintiuno que salieron de Cádiz, y en este día dieron con la flota, con alegría de todos. Llegado el señor Obispo a Puerto Rico, se embarcó para la isla de Santo Domingo y desde allí se volvió a su Obispado dentro de pocos meses.

En esta navegación cuidó el P. Fr. Domingo Pé-

rez de algunas cosas que le encargó el Prelado, y lo hizo a medida del deseo de todos. A 5 de septiembre llegó la *Trinidad* a la Vera Cruz, y por ser navío grande mandó el general que no entrase hasta que hubiesen entrado todos los demás, porque temían se quedaría en la canal asentado. Dió fondo a la boca de la canal, y aquella noche se levantó un recio norte que hizo picar la amarra y salirse la mar afuera, donde anduvo tres días sin dejar la bomba de la mano. Perdió toda la proa, y se le quebraron dos baos; todos se confesaron para morir, pero mejorando el tiempo, volvió y entró en la Vera Cruz, y desbaratándolo después por venir al través, dijo el contramaestre que por los Religiosos se había salvado aquel navío, que de otra manera era imposible.

Salió de la Vera Cruz para México el P. Fr. Domingo Pérez por Vicario de una tropa, y llegado que fué al hospicio de San Jacinto, lo hizo el Prelado *Lector de Filosofía,* para que leyera a los que no habían acabado de cursar. (1). Cumplió muy bien con su lección y asistió a las demás funciones de Comunidad. Esta era de cuarenta y tres Religiosos, todos tan penitentes que amanecía todos los días el coro con arroyos de sangre, tanto, que fué menester que el Prelado pusiese precepto para que no se azotaran, como lo puso, y cesó la carnicería.

Llegada la nao de Filipinas, el P. Fr. Domingo Pérez y otros dos Padres, todos de concierto pidieron licencia al Prelado para ir a pie hasta Arapulco; mas el Prelado no lo permitió y ellos se sujetaron a la Obediencia.

---

(1) Este es el primer grado académico que se exige de los Dominicos para poder enseñar las disciplinas eclesiásticas en los centros de la Orden. (Nota del P. H. Muñoz, O. P.)

Salió el P. Fr. Domingo por Vicario de una tropa de México a Acapulco, y llegado allá ayudó al despacho de la barcada con su acostumbrada solicitud. Embarcáronse a 27 de marzo de 1666, y al día 10 de agosto de dicho año dieron fondo en Palapa, tierra que dista cien leguas de Manila.

En la nao que vinieron los Religiosos desde Acapulco a Palapa, venía por ayudante el piloto Jácome Juan, holandés de nación y hereje calvinista (que la necesidad obliga a valerse de tales personas). A éste habían querido reducir algunas personas de su posición, mas él no trataba de eso, y por esto todos los Religiosos huían su conversación. Dicho Jácome Juan se aficionó al P. Fr. Domingo, y con grandes señales de afecto habló al Padre, ofreciéndole su persona y bienes. Correspondióle el P. Fr. Domingo con una cortesía religiosa y agradecióle el favor y despidióse al instante, y fuese al Prelado y le dijo lo que pasaba, y el Prelado le aconsejó que le tratase amorosamente, quizás por ese camino se reduciría. Hízolo comunicándolo muy a menudo con él; y un día, los que estaban en la mesa del juego se desmesuraron y prorrumpieron en votos y reniegos, como suele acontecer, lo cual visto y oído por Jácome Juan, dijo al P. Fr. Domingo Pérez: "Para esto, mejor es no ser papista". A que respondió el Padre y le dijo: "Si Vmd. entrara en un jardín que tiene flores y espinas, ¿cogiera Vmd. las espinas para oler, o las flores?" Dijo él entonces: "Las flores, Padre". Pues mire Vmd.: "Esta nao es el jardín que tiene de todo: las espinas son ésas; las flores son los religiosos y buenos católicos; a éstos ha de mirar e imitar Vmd. y no a aquellos que juran". Quedó satisfecho Jácome Juan y con ánimo de reducirse, como lo hizo luego que llegó a Manila.

Salió de Palapa para Manila el P. Fr. Domingo Pérez, por Vicario de una tropa de Religiosos y, llegando allá, le asignaron el Colegio de Santo Tomás, a donde suplió la lección de Artes mientras el Lector estuvo enfermo. Mejoró éste, y el P. Fray Domingo Pérez, libre de la lección, fué enviado a Abucai a aprender lengua tagala, llegando a Abucai a 23 de diciembre de 1666. La aprendió con gran facilidad y energía, con la cual, y el tesón de su trabajo, hizo mucho fruto en los indios.

CAPITULO III

De cómo el V. P. Fr. Domingo fué Presidente de Orión, Vicario de Samal y de Abucai, y entró dos veces en Zambales

A principio de mayo de 1667 hubo junta o capítulo intermedio en el cual se apartó y segregó Orión y lo hicieron Vicaría, que hasta entonces había sido visita de Abucai. Aquí estuvo el P. Fr. Domingo Pérez cinco años; los dos primeros de Presidente y los tres, de Vicario. Trabajó mucho en este pueblo porque hizo casa nueva en qué vivir y buscó todos los muebles necesarios para ella.

La primera imagen de Santo Domingo Soriano que vino a Filipinas se colocó en Abucai, donde hizo innumerables milagros, que muchos de ellos comprobados, los trae el P. Pinelo en un tomo que escribió. Estuvo la imagen allí hasta el año 1662 que, por estar maltratada, se hizo otra y se puso en su lugar, y la antigua, que estaba tocada al original, se llevó a Orión, visita que entonces era de Abucai. Erecta en Vicaría Orión, se colocó dicha imagen en altar especial, con la decencia que se pudo. Enfermó una niña en Orión de mal de orina, la cual tenía la edad de tres años y medio. Estando muy apretada, fué la madre y le dijo al P. Fr. Domingo: "Padre, mi hija está muy mala". "Pues encomiéndala a Santo Do-

mingo Soriano y prométele una Misa", le dijo el P. Fr. Domingo. Y respondió la mujer: "La Misa de mañana ofrécela por mi hija a Señor Santo Domingo Soriano y, aguarda un poquito, vendrán nueve doncellas a oír la Misa (estilo común de esta tierra), que yo no podré venir por cuidar de la niña". Vinieron las doncellas el día siguiente, y el P. Domingo salió a decir la Misa y, estándola diciendo, prorrumpió la niña en voces, diciendo: "¡El Padre, el Padre!", señalando con la mano hacia una parte. Acudió la madre y halló que su hija había echado una piedra por la vía de la orina, tan grande como un huevo de gallina. Tomó la piedra y llevósela al P. Fr. Domingo, que de ver tal prodigio quedó pasmado. El día siguiente fué la buena mujer, con su hija ya sana del todo, a dar gracias al médico. Y apenas descubrieron la imagen, cuando prorrumpió la niña en las mismas palabras que el día antes: "¡El Padre, el Padre!", señalando con su mano la imagen de Santo Domingo Soriano que estaba en el altar. Este milagro se comprobó por el Ordinario y está el original en el archivo de Santo Domingo, de Manila (1). La niña estaba diputada para el cielo, y así, aunque entonces sanó, murió después de otra enfermedad, a los nueve o diez años de edad.

Llamáronle en una ocasión para confesar y socorrer a una pobre embrujada (que son a modo de los endemoniados, por cuanto habla el diablo por boca de la embrujada). Llegó el Padre y mandó al demonio que se fuera luego y dejara libre aquella pobre mujer; a que respondió el diablo: "yo salie-

(1) No ha sido posible dar con el documento aludido, a pesar del interés con que se le ha buscado en el Archivo de Santo Domingo, de Manila. Es muy posible que haya desaparecido con otros papeles comidos por la hormiga blanca ("anay) o estropeados por los "baguios".

ra, pero no tengo dónde ir". "Has de salir aunque te pese", replicó el Padre; y el diablo dijo: "yo saldré y me pasaré a V. R." A que respondió el P. Fr. Domingo: "Si Dios te da licencia, pásate a mí y deja a esa pobre"; y sin más réplica se fué y dejó libre a la pobre india.

Cerca de Orión había unas cañas o montecillo donde nadie se atrevía a cortar cosa, porque decían los indios tenían experiencia de que luego moría el que cortaba allí algo. Desbarrecióles veces a los indios tal ahuero, y viendo que no tenían remedio, fué en persona, y con sus manos cortó cañas y palos, y desde entonces, perdieron los indios el miedo y cortaron ellos, desde allí en adelante, cuanto querían. Hizo allí abrir de nuevo muchas y buenas sementeras de arroz, que es el pan de esta tierra, y hizo una presa en un río, con que se riegan dichas sementeras.

Por junio de 1670 lo hicieron Vicario de Samal, y en diez meses que estuvo allí, trabajó muchísimo en acabar el convento que se estaba fabricando de nuevo (2). Por mayo de 71, volvió a Orión por Vicario y llegado el mayo de 1673 se celebró Capítulo Provincial, y en él lo hicieron Vicario de Abucai, que es casa de voto en el Capítulo y Junta de intermedio.

Los cinco años que estuvo en Orión el P. Fr. Domingo Pérez vivieron los indios muy descansados y sobrados de comida; porque todas las mañanas iba de casa en casa echándolos afuera para que fueran a buscar la vida. Cuando llegaba la banda (que es donativo de arroz y el mayor trabajo que los indios tienen, y nunca tienen para enterrarla, y por ello

(2) En Filipinas se da también el nombre de convento a las casas parroquiales que, por lo general, se levantan al lado de la iglesia. A este convento es al que se refiere el autor.

pasan muchas vejaciones de cárcel), el P. Fr. Domingo lo daba todo si lo tenía, y si no, lo buscaba prestando y entregaba al Rey, y luego daba a los indios de comer, y los enviaba a cortar una o dos embarcaciones y, hechas, las vendían. Comprado este camino tan fácil, luego que faltó de allí el P. Fr. Domingo, se les olvidó por su natural flojo y dejativo. Era tanto el cariño que el P. Fr. Domingo tenía a los de este pueblo que solía decir: "Cada vez que veo algún indio de Orión me alegro tanto como si viera un hombre de mi tierra o algún pariente mío".

En Abucai estuvo cuatro años y con su acostumbrada actividad hizo allí muchas obras nesesarias. Hizo en los caminos muchas puentes de madera que antes eran de cañas y, en especial, la de Balanga, que tiene de largo más de un tiro de mosquete.

En Abucai se llegó un indio a confesar con el Padre Fr. Domingo y le dijo que había faltado a Misa muchos días de fiesta por no tener vestido competente para entrar en la iglesia. El Padre le mandó fuese a cortar y hacer una embarcación (que llaman banca). Y para ello le dió de comer y todo avío; vino con su banca a los quince días; vendióla el Padre Fr. Domingo y sacando lo que le había prestado, compró ropa para el indio y su familia y le sobró dinero, que se lo entregó para menesteres. Mas no por esas evidencias saldrá el indio de su paso.

El año 1675, estando en Abucai por Vicario, tuvo noticia que los indios zambales deseaban tener Religiosos Dominicos para convertirse a la Fe; por lo cual fué el P. Fr. Domingo a ver y experimentar si era verdad, y habiendo estado con ellos quince días, se volvió dejándolos muy aficionados a nuestra Santa Fe, y ellos le quedaron muy afectos y le comunicaban yendo y viniendo a Abucai a comuni-

car con el P. Fr. Domingo, que los agasajaba con mucho cariño.

Siendo Vicario de Abucai, el año de 1676, el P. Fr. Domingo Pérez, era Alcalde Mayor de la Pampanga el Sargento Mayor don Francisco de Texada, y Cabo superior de la fuerza de Balas, el Sargento Mayor Alonso Fernández Pacheco. Estos dos introdujeron comunicación con los indios zambales, que tenían por ministros a los Padres Agustinos Recoletos, setenta años había; y aunque se habían bautizado algunos, los más eran y fueron siempre infieles, sin poderlos reducir dichos Padres por la repugnancia de dichos zambales. Los dichos dos españoles ganaron las voluntades a los zambales y les persuadían a que se bautizasen y ellos respondieron que si les daban ministros de Santo Domingo se bautizarían. Dieron los dos cuenta de esto al Gobernador don Manuel de León, y él pidió al Padre Provincial de nuestra Provincia que enviara Religiosos a los zambales. Envió al paraje que llaman el Buquil al Padre Fr. Pedro de Alarcón y al Padre Fr. Domingo de Escalera; y al paraje que llaman Balacbac, que está no muy lejos de Abucai, envió al Padre Fr. Domingo Pérez, que obedeció luego. Y habiendo ido y juntando algunos indios en Balacbac bautizó nueve y se volvió a Abucai con cinco zambales. El uno de ellos era sobrino del sacerdote de los ídolos, que en la segunda entrada ayudó mucho en reducir a los cimarrones de los montes y conocer sus costumbres e idolatría. Catequizó a los cinco y bautizólos en Abucai. Puso por nombre al sobrino del sacerdote Diego; enseñólo a leer, y ya que sabía, le dió para que leyera *El Memorial de la Vida Cristiana,*

en lengua tagala (1). Leyó Diego y, admirado de lo que leía, hacía muchas preguntas al P. Fr. Domingo cada día; y, en particular, cuando llegó a leer que Nuestro Señor había puesto a Santa Clara de Monte Falcón tres piedras, que pesaba una tanto como otra, y una tanto como dos. Preguntó esta dificultad al Padre Fr. Domingo, y él explicó el misterio de la Santísima Trinidad, representado en aquellas tres piedrecitas. Replicó, preguntando, si era verdad aquello. Y el Padre le dijo: "Es tanta verdad que no se puede salvar el que no lo cree." Y Diego prorrumpió en lágrimas, diciendo: "¡Ay, triste de mi padre que se habría condenado por no saber esto!" Y puesto de rodillas, dijo: "Si yo fuera casado y tuviera muchos hijos, y todos te sirviéramos como esclavos,

---

(1) El "Memorial de la Vida Cristiana", en lengua *tagala*, fué compuesto por el P. Francisco de S. José, O. P., Predicador General del Convento de Sto. Domingo de Manila. La primera edición tuvo un gran éxito. Se hizo una segunda, en la ciudad de Méjico, en 1692, de la que no se conservan ejemplares, y parece ser que fué denunciada al Santo Oficio. Cuatro años después, aparecía el "Memorial", en dialecto *pampango* —otro dialecto filipino—. De esta traducción se conserva un ejemplar en el Museo Británico de Londres. En 1835, se imprimió de nuevo el "Memorial", en tagalo, y es la que corre por ahí todavía hoy.

Este famoso "Memorial" se publicó en caracteres chinos, en Manila, en 1606, compuesto por el P. Domingo Nieva, O. P., Prior del Convento de Santo Domingo, de Manila. Es, pues, el primer libro chino publicado en Filipinas (Cfr. W. E. Retana, *Orígenes de la Imprenta Filipina*, Madrid, 1911).

El semanario católico de Manila *Philippines Commonwealth*, en su número de 2 de enero de 1936, publicó la reproducción fotográfica de las dos primeras páginas del libro en chino, según el ejemplar que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena.

La imprenta fué establecida en Filipinas por el P. Blancas de San José, O. P., en el Hospital de San Gabriel, donde enseñó a un cristiano chino el uso de la misma. El primer libro que se imprimió fué el de la *Doctrina*, en 1593.

no te pagará el beneficio que me has hecho en enseñarme esto".

Yendo en demanda de Balacbac el P. Fr. Domingo, llegó a una casilla de una india, con gran cansancio y mayor hambre; y preguntóla si tenía algo que darle para comer, que se lo pagaría; a que respondió la india: "Los Padres de Santo Domingo no comen carne, sino huevos y pescado; pescado no lo hay; pero tengo tres huevos que es una ración." Y diciendo y haciendo los coció, y dió al Padre; y aunque ello era muy poco para la gran necesidad que tenía, se pasó con ellos sin pedir más por no escandalizar aquella párvula. Y quedó admirado de ver que una mujer que no había visto en su vida Religioso Dominico, tuviese noticia de tal individualidad.

Los dos Padres que fueron al Buquil juntaron algunos indios en un paraje que le pusieron Nuestra Señora de Atocha, y bautizaron algunos pocos, y catequizaban a otros. En estos ejercicios los halló el mandato del Padre Provincial en que los mandó retirar, porque tuvo noticia que los Padres Recoletos se quejaban de que nuestros religiosos hubiesen entrado en los Zambales. No obstante que sabían que había sido con orden de gobierno. Y este fué el fin de la primera entrada de nuestros Religiosos en Zambales o Playa Honda.

CAPITULO IV

De cómo el V. P. Fr. Domingo fué segunda vez Vicario de Samal, y fué a los montes a misión, y después Vicario de Binondoc

Llegóse el mayo de 1677 en que se celebró Capítulo Provincial y salió electo el R. P. Fr. Diego de San Román. Fuéle a dar el parabién el P. Fr. Domingo Pérez y, a las primeras palabras, dijo el Padre Provincial: "Dios les perdone a VV. RR. la carga que sobre mí han puesto". A que respondió el Padre Fr. Domingo: "Yo no dí, ni daré el voto a V. R. porque V. R. no tiene afecto a las misiones". Dijo esto porque cuando entraron en Zambales la primera vez, era Vicario Provincial el recién electo y fué de contrario sentir. Lo que resultó de aquí fué que se puso un acta en aquel Capítulo siguiente: *Ytem ordinamus, et simul stricte praecipimus, quod omnes Patres vicarii domorum, quae sunt prope infideles omni zelo ac pietate satagant conversioni gentium illarum ad fidem, ac nullo parcentes labori, totis animi nerbis intendant, ut opus tam pium, tam sanctum tamque ordini predicatori innatum, quoad licet perficiatur.* Pidió en este Capítulo el Padre Fr. Domingo que le pusieran en Samal para, desde allí, ver si podía reducir a los negritos de aquellos montes, que son muchos; y aunque pidió

ser compañero, lo pusieron por Vicario y le dieron un compañero. Allí estuvo un año, y en él trabajó lo que no es decible. Juntó matalotaje de ropa, y dijes con qué atraer a los negritos, en que gastó muchos pesos, que le dieron de limosna para el efecto. Fué a verse con los negrillos y habiéndolos agasajado, y regalado, y dado ellos palabra de juntarse y hacer pueblo en forma, se volvió muy contento. El Padre Fr. Domingo juntó muchos indios, hombres y mujeres, para que enseñaran a los negrillos la policía de sus pueblos; y cargando con dichos indios muchos dijes, ropa y arados, volvió a sus negrillos, los cuales, mientras hallaron qué sacarle, daban buenas esperanzas. Hizo casa y oratorio con sus indios y predicaban a los negrillos cuando la razón lo dictaba y, en especial, a una negrilla que se mostraba más cariñosa (y era por sacar más); a ésta le propuso que no había más que un Dios; y ella respondió: "Muéstreme el Padre ese Dios y me bautizaré". Probóle con razones y ejemplos que no se podía ver con los ojos del cuerpo y ella respondió: "Puesto que mis antepasados no se bautizaron, habiendo Padres, quiero seguirlos, y morir con ellos. Y, así, no te canses más".

Iban y venían los negrillos mientras hubo qué darles, y esto acabado, se retiraron de una vez. Vinieron una noche cinco negrillos a llamar al Padre para que fuera a confesar a un negrillo cristiano que el Padre conocía, y fingían estar enfermo. Quiso el Padre ir luego y saliendo el Maestro de Campo Enríquez, con otros cuatro, dijo: "Vamos a acompañar a nuestro Padre Vicario." Los negrillos pidieron al Padre solo, mas el Maestro de Campo no lo permitió. Y así se volvieron los negrillos sin Padre. El Maestro de Campo discurrió la maldad de los negrillos, y dijo al Padre: "A V. R. querían matar, y porque no

han podido conseguirlo han de dar sobre todos nosotros; presto lo veremos." Los indios eran muchos y todos fueron menester para librarse del asalto de los negrillos. Pues dentro de una hora, poco más, se llenó el monte de negrillos por todas partes; cuatro de ellos se vinieron hacia el Padre, con celo fingido, diciéndole que se pusiera en cobro. A que respondió el Padre: "Guardáos vosotros, que yo tengo quién me guarde". Apenas se apartaron del Padre los cuatro negrillos, cuando los indios cargaron sobre ellos, y les cortaron las cabezas, sin poderlos socorrer el P. Fr. Domingo, que se volvió a su Vicaría y se acabó la misión. Que nunca es buena, ni tiene efecto si no viene por el Prelado. Y esto lo repetía muchas veces. Hizo ternos en la sacristía de Samal y aderezó el convento, y tuvo tablas cortadas para aderezar la iglesia de Babuyan, visita de Samal. No lo hizo por haber muerto el Padre Provincial, a los ocho meses de su elección, y así se celebró Capítulo Provincial, por mayo de 1678, en que salió electo el R. P. Fr. Baltasar de Santa Cruz, y por Vicario de Binondoc, nuestro P. Fr. Domingo Pérez. (1).

En Binondoc se portó con la modestia religiosa que en todas partes; cobró fama de gran ministro y se hubo con gran prudencia en casos que allí se le ofrecieron. Trabajó mucho en continuar la obra de aquel convento que se hacía todo de nuevo, en que gastó muchos pesos y salud. Pues yendo a buscar maderas en compañía de otro Religioso, volvieron ambos enfermos de peligro y, en fin, murió el compañero y mejoró el P. Fr. Domingo.

---

(1) Binondoc era un barrio chino cerca de Manila, donde los Dominicos levantaron una iglesia y hospital para chinos, iglesia que hasta hoy día regentan los Padres, en beneficio de Manila. Hoy Binondoc está en el corazón de Manila. (Nota del P. H. Muñoz, O. P.)

Estando en Binondoc, le llamaron para confesar un moribundo, que había muchos años que no cumplía con la Iglesia, y la memoria de esto y de sus muchos pecados lo tenía puesto en una desesperación, y así que llegó el P. Fr. Domingo, le dijo: "Tantos años ha que no me confieso, y si alguna vez me confesé fué sacrílegamente; yo no tengo ya remedio; V. P. váyase en paz". Animó y consoló el Padre Fr. Domingo cuanto pudo al afligido; y viéndole todavía terco, le dijo: "Ea, espera en Dios, que es Padre de Misericordia; yo le doy, desde luego, todas las obras buenas que he hecho en toda mi vida y, para en adelante, prometo ayudarte." Respondió el penitente: "Padre, tengo tantos pecados que no sé por dónde comenzar". Dispuso el Padre la confesión, repartiéndola en tres partes donde había vivido el penitente, y tardó nueve horas en confesarse, y, al acabar, estaba tan contrito que dijo: "Padre, V. P. se guarde sus buenas obras, que yo no soy digno de ellas; la razón dice que quien ha pecado tanto, lo pague en Purgatorio aunque sea hasta el día de Juicio. Harta merced me hace Nuestro Señor en darme su gracia en este Sacramento, por medio de V. P." Absolvióle y dióle los demás Sacramentos, que recibió con gran devoción, y murió luego dejando a todos con grandes esperanzas de su salvación.

El celo que tenía de la honra de Dios era grande y así cuando había escándalos o pecados los reprendía sin atender a respetos humanos; tanto que algunos lo tenían a temeridad o celo indiscreto por el peligro a que se ponía de vida y honra, como le sucedió con dos ministro de justicia en el cumplimiento de sus oficios, y alivio de los indios: el uno le amenazó con su Prelado, por lo cual apretó más la mano el P. Fr. Domingo y, sin apartarse de allí, reconoció el pecador sus culpas y pidió perdón al Padre;

el otro se llegó a confesar con el P. Fr. Domingo y le dijo: "Si vuestra merced no remedia esto, no lo puedo confesar." Dióle gracias por el aviso y, prometido el remedio, lo confesó.

Estando en Binondoc por Vicario, entró en una casa, buscando al dueño de ella para reprehenderle un amancebamiento público en que vivía escandalosamente. Entró en la sala y, no hallándole en casa, se sentó un poco a descansar, y apenas se había sentado, cuando salió la manceba, y con el mayor desahogo del mundo, sentóse junto al Padre, le puso las manos sobre el muslo, de que se sintió tan inquieto que le había parecido llamas del infierno; apenas había puesto las manos la tal, cuando inmediatamente se levantó de la silla el Padre y, encendido en santa cólera, la tuvo una reprehensión que, con ser la mujer tan desenvuelta, quedó tal y tan confusa, y derramó tantas lágrimas, que por poco no acaba con su vida. Fuese el Padre, y después de todas sus lágrimas, vivió mucho tiempo en su desastrada vida.

Reprehendiendo un adulterio público cargó la mano muy bien, tanto que el adúltero le amenazó echando mano a una daga. Y el buen religioso, con sereno rostro le descubrió el pecho y dijo: "No seré yo digno de que vuestra merced me dé; no obstante, aquí está el pecho". Quedó el hombre asombrado de tal respuesta y serenidad de ánimo, y así por entonces se apartó.

En todos los arrabales de Manila, y en especial en Binondoc, son muchas las tablas de juego, en que no sólo se pierde la hacienda, sino la vida con desvelos, y la honra, pues las mujeres juegan sus cuerpos, y por evitar éstos y otros muchos inconvenientes procuran los Religiosos desterrar esta peste de sus ministerios. Y en esto puso tanto cuidado el

Padre Fr. Domingo, que mucha malas mujeres se ausentaron de Binondoc por el temor que le tenían, y los jugadores se escondían con sobradas diligencias. Pudo esto el P. Fr. Domingo, porque fué al Maestro de Campo del tercio, que es quien quita y pone los juegos, y le representó los inconvenientes que se seguían del juego; el Maestro de Campo dió palabra que no los habría en Binondoc, como de hecho, mandó quitar los públicos, si bien los ocultos, que se hacían en muchas casas, no pudo, y éstos persiguió el P. Fr. Domingo por todos modos.

CAPITULO V

De cómo el V. P. Fr. Domingo fué tercera vez a misión a los Zambales

Por septiembre de 1678 llegó por Gobernador de estas islas don Juan Vargas Hurtado, y luego que llegó, repitieron los zambales su antigua pretensión de que les dieran ministros Dominicos, para lo cual vinieron muchos zambales a Manila; y porque dicho Gobernador traía cédula para dar a una Religión la administración de los indios de Mindoro, que era de clérigos, ofrecióles a los Padres Recoletos, con calidad que habían de dejar a Mariveles, Bolinao y los Zambales; y efectuado así, luego el dicho Gobernador encargó a la Provincia del Santo Rosario la administración de los Zambales al Padre Vicario de Binondoc, Fr. Domingo Pérez, y al P. Fr. Domingo de la Escalera, los cuales salieron de Manila a 28 de mayo de 1679 y, llegados a la fuerza de Paynaven, avisaron a los zambales del Buquil (que eran los que habían ido a Manila a pedir Religiosos Dominicos, y habían dado palabra de que se bajarían de los montes a fundar pueblo en sitio conveniente, para que los Padres los administrasen) y les dijeron que, puesto que el Gobernador les había cumplido sus deseos en darles ministros Dominicos, que ellos cumpliesen su palabra y bajasen de las serranías a

poblar el lugar competente. Comenzaron a dar varias excusas y, en fin, no se ajustó cosa alguna. Lo cual visto por el P. Fr. Domingo Pérez, dejando a su compañero en Paynaven, se volvió a Manila e hizo con el Gobernador que quitase el comercio que los Zambales tenían en despoblado, Pampanga y Bagac; y, hecho así, salió de Manila para Paynaven el P. Fr. Domingo y, llegando junto a su compañero, se pasó a Baubuan y Balabac a ver si hallaba mejor acogida en aquellos con quienes había estado dos veces distintas. Y, llegados allá, se estuvieron allí en una casilla desdichada, padeciendo muchos trabajos corporales; y el que más sintió el P. Fr. Domingo fué que aquéllos de Balacbac que eran sus amigos antiguos, le dijeron que ellos no habían pedido Religiosos Dominicos y, por consiguiente, no querían dejar sus mansiones montañesas ni bajarse a poblar a lo llano. Que puesto que los del Buquil habían ido a Manila a pedir ministros Dominicos, que se fuesen allá con ellos. No obstante se estuvieron en dicha casilla hasta pasar las aguas que comienzan por mayo y se acaban por noviembre, y en el entretanto volvió a Manila el P. Fray Domingo Pérez a dar cuenta a su Prelado y al Gobernador de la rebeldía de los Zambales; y mientras estuvo en Manila esta segunda vez, el P. Fr. Domingo, hubo un baguio o huracán que se llevó las casillas de los pocos Zambales que se habían bajado a lo llano: que por ser de paja a modo de chozuelas de España, no fué dificultoso; y de aquí tomaron achaque los dueños de las casas para volverse al monte, su centro, como de hecho se volvieron. Y el Gobernador mandó al Cabo que publicase con soldados y cajas un Bando que le dió en que lo mandaba so pena de que serían castigados, se bajasen los zambales a poblado. Publicóse el Bando en un

sitio que se señaló en que se juntaron más de quinientos zambales, y publicado les dijo el Cabo que respondiesen, y la respuesta de todos fué remitirse a lo que quisiera hacer un indio llamado Quiravat, que había sido el principal agente en pedir Dominicos. Este dijo: quien quisiera bajar, se baje a poblar, que yo con mi gente iré a poblar a donde yo quisiere. El Cabo, enfadado de tal respuesta y habitantes, maniató al dicho Quiravat y al mismo tiempo los zambales comenzaron a disparar un nublado de flechas al Cabo y sus soldados, que eran veintidós. Lo cual visto por el Cabo mandó cortar la cabeza a dicho Quiravat y, puestos en buen orden, se fueron retirando dejando muertos a Quiravat y otros doce de los suyos, sin daño ni herida en los españoles. Por esta refriega cobraron algún temor los zambales y se bajaron algunos, aunque pocos. Mas el año siguiente de 1680, habiendo entrado por la Pampanga trescientos soldados pampangos, y habiendo salido el Cabo de Paynauen con su gente, amedrentaron a los zambales de suerte que se bajaron muchos y se fundaron tres pueblos, el uno junto a la fuerza llamado Alalan, y otro en Balacbac llamado Nuevo Toledo, y otro en la medianía de los dos llamado Baubuen y se juntaron en todos tres hasta 240 vecinos en que trabajó muchísimo el P. Fr. Domingo andando al sol, al agua y al frío por entre breñas y montes inaccesibles, pasando ríos y ciénagas sin número, y casi siempre a pie, de que le provino una enfermedad gravísima en las piernas, de que estuvo en mucho peligro; todo por sacar de los bosques aquellos animales racionales y reducirlos a poblado y modo humano. Al pasar ríos caudalosos, si iba a caballo, echaba el caballo adelante y él se asía a la cola, y así, nadando caballo y caballero, pasaban sin peligro de

ahogarse. Porque todos aquellos ríos son de arena movediza y en ella se entierran los caballos hasta la barriga, y de esta suerte pasó muchas veces los ríos, y se quedaba mojado hasta que la ropa se le enjugaba en el cuerpo; porque además de no llevar otra (y si llevara se mojara también), no abreviaba la vuelta por estar mojado, sino que hacía todas sus diligencias en sacar indios del monte muy despacio, sin atender a su salud, y demasiada hambre.

Por Navidad del setenta y nueve envió el Padre Provincial a Zambales al P. Fr. Fernando de Urtubia, y por febrero siguiente al P. Fr. Gregorio Jiráldez, con que ya eran cuatro los ministros que había en los Zambales. El P. Fr. Domingo Pérez, viendo ya cerca el Capítulo intermedio en el cual tenía voto por Vicario de Binondoc, se fué a Manila, y se halló en dicho Capítulo intermedio que se celebró a 11 de mayo de 1680, y en él se aceptaron e incorporaron en esta provincia las casas que había en Zambales en la forma siguiente: Santiago de Bolinao, San Andrés de Masinglo, Nuestra Señora del Rosario de Mariveles, Nuestra Señora del Sagrario del Nuevo Toledo, Santa Rosa de Baubuen, Nuestra Señora de la Soledad de Paynauen y Santo Domingo Soriano de Alalan. Hicieron Vicario del Nuevo Toledo y Vicario Provincial de la Playa Honda con voto en capítulo al P. Fr. Domingo, y acabado el capítulo se volvió a sus Zambales.

CAPITULO VI

De las estratagemas de que se valió el V. P. Fr. Domingo para traer y mantener en poblado a los Zambales, y cómo los introdujo a labradores

Llegado a Zambales el P. Fr. Domingo después del Capítulo, tuvo bien que trabajar en traer a poblado los que se habían vuelto a los montes y los que aún no habían salido de ellos, para lo cual se valió de varias trazas; y una fué avisarle al Cabo de la fuerza que fuese con los soldados y destruyesen tal y tal ranchería, y que yendo a la vista el Padre llegaría cuando le pareciese necesario y haría que se enojaba por tal destrucción; mas que por tal enojo, no dejasen el proseguir destruyendo hasta que el Padre lo pidiera con sumisión. Hízose así y se enojó el Padre con el Cabo, y luego con gran sumisión pidió que no acabasen de destruir aquellas rancherías, y suspendido el destrozo, como estaba pactado, iba luego a los dueños de ellas y se lamentaba, entristecía, y aun lloraba realmente con ellos. Con lo cual cobraban miedo a los soldados, tedio a sus habitaciones, más de animales que de hombres, y cobraban amor al Padre, y salían enseñados que era mejor humillarse, que ensombrebecerse. Y de esta suerte atrajo a los pueblos mu-

chísimos, aunque muchos no perseveraron. Cuando el Cabo de la fuerza hacía alguna entrada en el monte, bajaban los más al pueblo y para que perseveraran enviaba el P. Fr. Domingo uno o dos indios con dos piececillas de a dos palmos al monte de noche, para que disparasen dos o tres tiros sin bala. Hacíanlo así y con el ruido de la pólvora bajaban al pueblo los que se habían quedado en el monte, y los que ya habían bajado temían volver allá; y todos se admiraban entendiendo que el *castilla* (que así llaman al español) supiese cuándo iban y venían al monte sin dejarlos sosegar. En una ocasión hizo el Cabo una entrada con mucho número de gente, y juzgando los zambales que vivían en poblado que aquel aparato era contra ellos, temieron mucho porque discurrían que el P. Fr. Domingo se quería ir, y dejarlos en manos de los españoles para que los matasen a todos. Supo esto el P. Fr. Domingo y mandó sacar al sol toda la ropa de la iglesia y del servicio de casa, y entre todo lo que más les llevó la atención fué un terno bordado de oro, ya viejo. Juntó a los que estaban más medrosos, y les dijo: Toda esta es mi hacienda y estas mis arcas, tinajas y tibores. Pues qué, ¿entendéis que yo quiero perder todo esto que vale más que todo lo de Zambales? Conviniéronse por este medio y se sosegaron de su temor. Supieron luego que la tropa iba a unas sementeras, que tenían en el monte, y fueron al Padre que los favoreciese con el Cabo, porque no tenían otra cosa que comer aquel año. Partióse luego al monte acompañado de los tales indios. Avisó al Cabo, y díjole que amagase a destruir las sementeras después de la súplica, y que él se pondría delante a impedirles por fuerza, y que entonces no prosiguiesen. Hízose así, y los indios quedaron admirados de que el Padre pudiese

más que 30 hombres de que se componía la tropa. Usó el P. Fr. Domingo esta estratagema para que, por una parte, le cobrasen amor, y por otra temor viendo que podía más que la tropa. Y a este modo, otros muchos casos que le sucedieron.

Barbaridad fué universal en los naturales de todas estas islas el cortar cabezas humanas, aunque fuesen niños o mujeres, y siempre a traición, en especial si reconocían alguna resistencia; y luego se juntaba todo el pueblo a celebrar la hazaña, con bailes, brindis y borracheras, haciendo taza el casco de la cabeza. Esta irracionalidad se usaba en Zambales, si bien con mucho secreto, porque no lo supiese el Padre, y para remedio de estos y otros enormes pecados, dijo el P. Fr. Domingo que por el pulso conocía, y conocería a los que tales pecados hiciesen; y en realidad de verdad era así, porque con la aprehensión que los zambales tenían de que conocía el pulso, lo mismo era tomar el pulso al agresor que alterarse todo el cuerpo y descomponerse el pulso en tanto grado que se conocía la maldad. Por lo cual era pública voz y fama que conocía por el pulso los pecados. En este concepto estaba una zambala a quien otra había hurtado un rosario: Vino al Padre para que le tomase el pulso; a que se excusó, dándole otro, por la poquedad del hurto; mas no se contentó con esto hasta que sacó a la otra su rosario amenazándola con el Padre; y quedó tan satisfecha de que era verdad lo del pulso, que sólo Dios la podría sacar de este concepto. Cerca de lo cual escribió un Padre de Zambales. Era tanto lo que había cundido esta estratagema del pulso, que debió de correr toda esta cordillera, y lo tenían, y tienen (juzgo) todavía por tan cierto, a su parecer, como misterio; y juzgaban que todos los Padres teníamos la misma habilidad. Pues es-

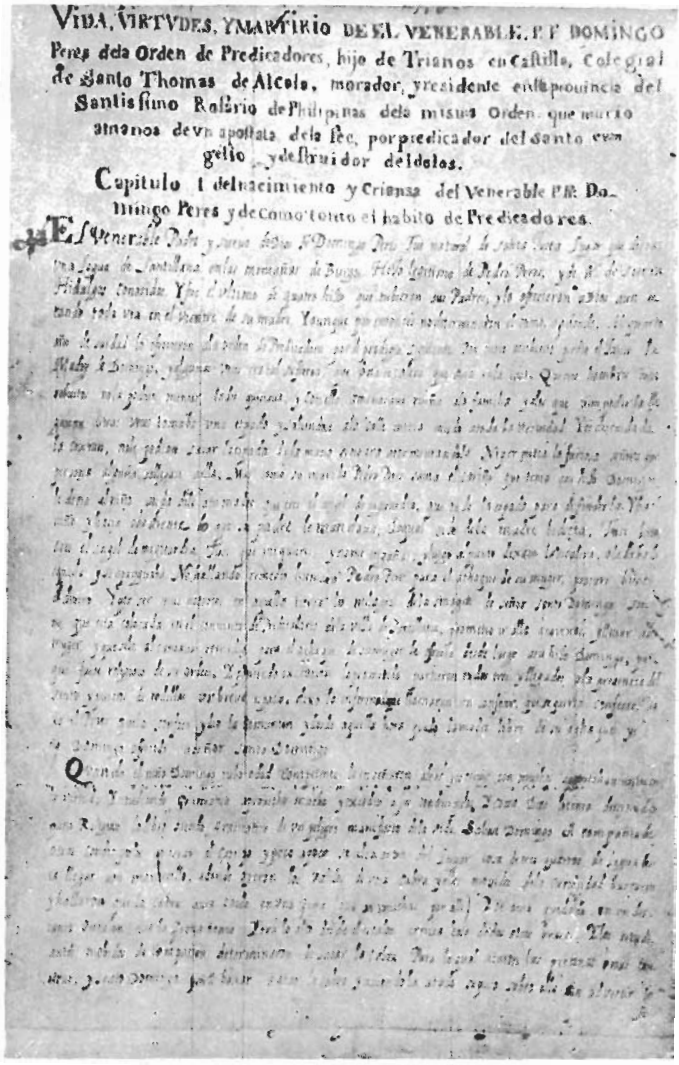
tando yo en el pueblo de Alalang, no sé qué faltó a un indio y se me quejó un domingo en la iglesia. Afeéles el hurto; y en esto salió una india de las más entendidas y díjome: Padre, tómanos el pulso a todos que los que estamos aquí y con eso sabrás quién ha hecho el daño; pues vosotros, los Padres, conocéis por el pulso todo cuanto hay. Reíme, y procuré excusarme como pude, dando a entender que conocía algo, que no era tanto como el Padre Vicario Provincial, y que en aquella ocasión no era conveniente hacer aquello, con lo cual quedaron satisfechos y yo con gran opinión.

Viéndose ya el P. Fr. Domingo con pueblos formados, para asegurar en ellos a los zambales, discurrió por medio más eficaz el hacerlos labradores; y para eso fué a Manila y lo comunicó con el Prelado que aprobó el dictamen y dió cincuenta carabaos, que sirven aquí de bueyes y cada uno tira un arado. Juntó con éstos otros que le dieron de limosna, y todos los condujo a Zambales, aunque con gran dificultad por lo áspero de los caminos. Con limosnas que le dieron compró una cantidad de arados, y semilla de arroz; buscó unos mozos de salario para arar, y con todo esto se volvió a Zambales muy contento. Abrió muchas tierras y sembrólas y diólas a los zambales; mas no por eso dejaban de irse a los montes y en especial uno a quien no sólo se la dió sembrada, sino que el Padre cuidó de ella hasta que estaba el arroz para segar. Díjole entonces el Padre: Ya tu arroz está bueno, ya lo puedes cortar. Y el indio por no cansarse se fué al monte y lo dejo.

Tenía hecho concierto el P. Fr. Domingo con un Padre, de aplicarle dos Misas cada semana, con tal que dicho Padre le diese con qué pagar el salario a los mozos de arado cada mes, como lo hizo mientras vivió en Zambales. Llegó una vez el P. Fr. Domingo,

muy congojado, a dicho Padre, diciendo: "Que sea yo tan desgraciado que no halle quien me dé treinta pesos de limosna para comprar veinte arados, que con éstos y los que yo tengo allá, se hacía gran bien a mis zambales; porque ellos se han aficionado a ver la cosecha pasada y con esto los aseguro en los pueblos, y ellos se van habituando al trabajo". Dióselos el Padre y quedó el Padre Fr. Domingo tan alegre que no cabía de contento; porque todo su anhelo era buscar para sus zambales, que de sí no se acordaba, aunque anduviera roto y descosido, como le veíamos cada día. Era tanto el divertimiento con los zambales que en viendo alguno que araba, o hacía su casa, no se podía contener; y se iba con el indio a ayudarle a trazar su casa y disponer la tierra; que muchas veces se llegaban las dos, las tres y tal vez las cuatro de la tarde sin acordarse de comer; y si llegaba el cocinero a llamarlo, aunque fuesen las cuatro de la tarde, respondía: "Pues, qué, ¿es ya hora?

Ya los zambales se iban aficionando a la labor de sementeras; ya no les era muy penoso vivir en poblado; ya se aplicaban a la doctrina cristiana; ya iban cobrando horror a su antigua ferocidad de matar, sin más causas ni razón que su apetito, y en especial, a los desvalidos que tienen pocos parientes, que a éstos, siendo sus paisanos y amigos, los solían matar, con el seguro de que no tenían quien vengase sus muertes. Estaba el P. Fr. Domingo lleno de consuelo y alegría de ver el fruto de sus trabajos ya en las manos, que es cierto padeció mucho en ir a buscarlos a los montes, de ranchería en ranchería. Convencía a los primeros y, luego que se los llevaba consigo a los pueblos, procuraba que hicieran casas, y dábales sementeras abiertas, carabaos, arados y semillas; y, después, entraba la Doctrina Cristiana.



VIDA, VIRTVDES, Y MARTIRIO DE EL VENERABLE P. F. DOMINGO Peres dela Orden de Predicadores, hijo de Trianos en Castilla, Colegial de Santo Thomas de Alcala, morador, y residente en la prouincia del Santissimo Rosario de Philipinas dela misma Orden, que murio a manos de vn apostata dela fee, por predicador del santo evangelio, y destruidor de Idolos.

Capitulo I del nacimiento y Crianza del Venerable P. F. Domingo Peres y de como tomo el habito de Predicadores.

Facsímil de la primera página de la Vida del Padre Fray Domingo Pérez, por el Padre de la misma Orden Fray Juan Peguero.

CAPITULO VII

De los peligros de muerte de que Nuestro Señor libró al V. P. Fr. Domingo, y otras maravillas que Su Majestad obró

El año 1680 fué en compañía de un soldado, a deshacer una ranchería, cosa de tres leguas por mar; y, a la vuelta, lo mismo fué saltar en tierra que irse la embarcación al fondo llena de agua. Miróse con atención y hallaron que tenía un agujero y que no haberse hundido en la mar había sido especial favor de Dios.

Yendo a Manila en una embarcación enfalcada con nipa (que es la enea de esta tierra), inadvertidamente, los bogadores arrimaron sus armas a la falca, que por ser de paja, a pocos balances se rompió con el peso de las armas. Iban, a la sazón, navegando en alta mar, dos leguas de tierra; el tiempo era bueno, y los bogadores zambales iban alegres, lo cual visto por el Padre les dijo que cantaran como cantaban los tagalos; y ellos lo hicieron tan a gusto del Padre, que se puso a cantar con ellos; y tan divertido el Padre y todos los bogadores, que se llenó la embarcación de agua hasta darles en la cintura sin echarlo de ver ninguno. Hundióse la embarcación; mas no se fué a pique, sino que se quedó entre dos aguas, y los indios, todos turbados, daban voces a

Dios y al P. Fr. Domingo, que les animó y consoló diciéndoles: "No temáis, que no hemos de morir aquí; bogad por debajo del agua hacia tierra y animaos, y tened esperanza en Dios que nos ha de librar". Habiendo trabajado cinco o seis horas, con el agua a la garganta, llegaron a tierra, donde no hallaron más consuelo que haber escapado la vida; por no tener que comer ni ropa que mudarse, llegó a Manila y allí enfermó de peligro, provenido todo del naufragio dicho.

En una ocasión, iba caminando el P. Fr. Domingo Pérez con dos zambales; el uno de ellos iba delante y el otro, detrás. Dijo el que iba detrás: "Aguarda, Padre, pasaré adelante". Preguntóle si había enemigos o peligro; a que respondió el zambal que no había cosa, sino unas tentaciones vehementísimas de cortarle la cabeza, viéndole el pescuezo y cerviz tan bien dispuesta para ello; el Padre no se alteró, sino que, con toda serenidad, dió gracias a Dios y le dió lugar para que pasase delante y, por modo de conversación, fué abominando este vicio de matar, que estaba tan arraigado en los zambales.

Llegó el P. Fr. Domingo a una ranchería cuyo caudillo era una maldita vieja, que ni se quería bajar a poblado, ni dejaba bajar a los de su familia, que era grande de hijos, nietos y biznietos, y deseaban bajarse. Predicó el P. Fr. Domingo a la vieja, que fué propiamente predicar en desierto, porque no hizo caso de los consejos que el Padre le dió en ésta y en otras muchas ocasiones antes, por lo cual le reprehendió su dureza, y lo mal que hacía en no dejar bautizar a los que de su familia se querían bautizar. Estando el Padre hablando con ella y con sus hijos, se apartó la vieja con gran ligereza, y juzgando el Padre que iba a algún menester, prosiguió con su predicación a los hijos y nietos. Cuando, den-

tro de un Credo, prorrumpió una hija diciendo: "Tente, madre, que nos destruyes; ¿quieres que nos suceda como a fulano?" (éste era uno que había castigado el Cabo en aquellos días). A los gritos, volvió el P. Fr. Domingo la cabeza, por saber la causa de ellos, cuando vió a sus espaldas la vieja con un puñal en la mano levantada para descargar el golpe en el cuello y cerviz del inocente Isaac, Fr. Domingo Pérez, que por los gritos de la hija y temor del Cabo de la fuerza, no lo ejecutó. El siervo de Dios no se inmutó, ni dió por entendido, porque sabía que su vida andaba como en tabla de juego, y que en uno de estos lances había de acabar.

En otra ocasión, fué a los montes de Aglao a reducir unos indios y, viendo los cerros, comenzó a llorar lastimándose de una mujer, hija del cabeza, y decía: "que sólo se dolía de ella porque los soldados la habían de matar por la terquedad de su padre, marido y hermanos." Llegado a donde ella estaba, la habló con tan eficaces razones que luego la mujer redujo su gente y se bajaron todos los de la ranchería al pueblo con el Padre. Pasaba el P. Fr. Domingo por junto a una ranchería de un negro viejo que se estaba muriendo. Entró en su choza y preguntóle si quería ser cristiano; respondió que sí, y echando el Padre fuera a los de su familia, que se lo impedían, propuso al enfermo los principales y más necesarios misterios de nuestra salud espiritual. Díjole que creyéndolos y bautizándose con dolor de todas sus culpas, se salvaría; respondió que los creía y le pesaba de haber ofendido a Dios. Bautizólo y murió luego en sus manos.

En otra ocasión, yendo de Baubuen a Balacbac, halló una mujer infiel moribunda, con quien le sucedió lo mismo que con el negro que acabo de referir. A dos zambales infieles, marido y mujer, mori-

bundos, dijo que hiciesen voto de bautizarse. Hiciéronlo así y mejoraron luego; el marido, de su enfermedad, y la mujer, de su preñez, que este era su achaque, pariendo luego.

Como en aquellas partes no hay médico, los enfermos acudían a preguntar al P. Fr. Domingo qué harían o qué se podía aplicar a sus dolencias. Y el Padre les daba su rosario y decíales que hiciesen voto de bautizarse o confesarse, si eran cristianos; al hacerlo, mejoraban luego y sanaban. Y a falta del rosario, que era uno, y muchos los que pedían reliquias para curar sus enfermedades, hacía unas crucecitas del primer palo que topaba, y las daba, diciendo: "Pónganlas encima de la enfermedad"; y luego sanaban, y los que así curó eran muy muchos. A uno, enfermo de lepra (o cosa tal), curó del modo dicho; y habiendo prometido hacerse cristiano, viéndose sano, no quiso cumplir la promesa; avisóle el Padre veces de que la cumpliese, y él, obstinado, no quiso; y luego le volvió su antigua enfermedad, con tal vehemencia, que le quitó la vida y le arrojó el alma al infierno.

Predicando en una ocasión en la iglesia, que el que faltaba a Misa los días de fiesta, o huía del catecismo, si era infiel, por ir al monte a cortar cañas, permitiría Dios que una le lastimase para su enmienda. Dijo esto por un infiel que lo hacía. Y así sucedió después, que fué dicho infiel un día de fiesta a cortar cañas al tiempo de decir Misa (que asisten los catecúmenos hasta el Evangelio) y cayó una caña y le pasó un pie; temió con ello el indio, y en adelante, no se atrevió a volver al monte en tales días y, catequizado, se bautizó luego. En otra ocasión, predicó en Baubuen, y ponderó mucho cuán malo era trabajar en el día de fiesta; y por último, les dijo: "Si sembráis gabes en domingo (que entonces éstos eran

sus sementeras) no los habéis de gozar, porque Dios ha de permitir que venga un puerco de monte y destruya los que plantáreis en ese día, aunque estén entre los demás; lo cual oído por un indio zambal, aguardó un día de fiesta y en él planto unos gabes, por experimentar si era verdad lo que el Padre decía; tenía mucho cuidado que le llevaban la atención al indio, y le parecía tenía ya con qué desmentir al Padre; y cuando ya estaban casi de la sazón, entraron los puercos y se comieron y destrozaron todos los gabes plantados en domingo, sin dejar raíz de ellos; sin tocar poco ni mucho en los demás, siendo así que estaban contiguos, sin cerca ni división alguna, lo cual visto por el indio, admirado del caso, se fué corriendo al Padre y le contó lo que le había sucedido, que hasta entonces ninguno lo sabía, ni aun su mujer, porque guardaba el sigilo como de sacramento.

CAPITULO VIII

De algunas inquietudes de los indios y cómo acordaron matar al V. P. Fr. Domingo Pérez

Había en Balacbac un cabeza llamado Dulinen, infiel, a quien seguía gran parte de dicho pueblo, el cual, si bajó a vivir en poblado fué más por respetos humanos que por afecto a las costumbres cristianas; por lo cual se dejó en el monte todas sus alhajas, y a un sobrino suyo por centinela de ellas. Sabido esto por un indio de dicho pueblo, llamado Calignao, fué al monte y, hallando ocasión, mató al sobrino del cabeza; y el cabeza, picado, solicitó que sus secuaces se fuesen al monte con él para vengar la muerte de su sobrino. Lo cual sabido por el Padre Fr. Domingo Pérez, procuró estorbar tal fuga, y aunque remedió mucho, no pudo remediarlo todo; y, finalmente, se fueron al monte el cabeza y diecisiete familias. El Cabo, sabida la fuga, dió sobre el cabeza y sus secuaces e hizo gran destrozo que mandó y arrasó el pueblo de Aglao, de donde el matador Calignao, el cabeza y sus secuaces eran naturales, y era cercano al de Balacbac, en que a la sazón vivían todos. El dicho Calignao tenía muchos parientes en Balacbac; y porque no se ausentasen y huyesen al monte, procuró el P. Fr. Domingo acariciarlos a todos y pidió al Cabo un bastón de ayudante para

Calignao. El Cabo dió el bastón a Calignao y dijo que la muerte había sido en cumplimiento de un bando del gobierno que mandaba matar a los que no quieren bajar a poblado, etc.

Sosegados los de Balacbac con esto, sucedió que un zambal, llamado Dagdagan, pariente de Calignao, que venía en compañía del Cabo, prometió dar asalto al cabeza y sus secuaces; y saliendo a esto, a pocos pasos, le mataron de un hachazo que le tiró un negrillo de monte, que estaba escondido. Bautizólo el Cabo antes de morir, y llevó el cadáver a la iglesia, donde le enterró; y volvióse a su presidio con sus soldados, y al pasar por Baubuen se adelantó un indio a dar cuenta de la muerte de Dagdagan y a sembrar zizaña contra los Religiosos, diciendo que por los Religiosos mataban los españoles, y habían de acabar con todos los zambales. Tanto y tal fué lo que dijo, que se puso todo el pueblo en arma contra los Religiosos; lo cual sabido por el P. Fr. Domingo, que se hallaba allí, mandó llamar al indio y le dijo: "Mira, si nosotros hubiéramos venido a quitar cabezas, la primera hubiera sido la tuya, por las muchas que tú has quitado injustamente. ¿Ya te has olvidado de las que quitaste en Abucai, y que te defendí para que no te quitaran la tuya? Pues si siendo tú tan malo te he defendido y te he honrado y te he de honrar más haciéndote Gobernador de este pueblo, este año —como lo hizo—, ¿cómo puede presumirse de los Religiosos que vengamos a matar a los que son mejores que tú?" Sosegáronse algo con esto, al parecer, y los Religiosos fueron a encomendarse a Dios. La muerte de Dagdagan fué a principios de enero de 1687, y congregados todos los parientes, la lloraron con muchos brindis de vino, a estilo común de la tierra; y de la borrachera salió acordado el quitar la cabeza al Pa-

dre Fr. Domingo, y se ofreció a ello el nuevo Calignao, en recompensa de las buenas obras que le hizo el Padre. Ya que tenemos entre manos a Calignao, diremos su vida y virtudes para que no cause novedad lo que en adelante se dijere.

Era, pues, Tomás Calignao natural del pueblo de Aglao, distante dos leguas de Balacbac o Nuevo Toledo, que es todo uno. Era cristiano que se bautizó siendo pequeño, si bien de cristiano no tenía más que el nombre, porque su vida y costumbres eran peores que las del más malo infiel; pues además de no oír Misa nunca, nunca se confesaba, ni guardaba ley divina ni humana, ni aun la natural, pues todo su conato le ponía en cortar cabezas humanas, fuesen niños o mujeres, sin más causa ni motivo que su apetito de matar por matar. Por éstos y otros muchos pecados quiso el Cabo muchas veces quitarle la vida, y por intercesión del P. Fr. Domingo, no lo ejecutó. Porque decía el Padre: "Si matan a éste, se han de ir muchos a los montes, y nos han de cobrar horror diciendo que por nosotros los matan. Y si éste se reduce a buen vivir, ha de reducir y atraer a muchos montaraces y nos puede ayudar mucho." Por estas razones y la salvación de aquella alma, procuró el P. Fr. Domingo, por todos los medios posibles, reducir a buen vivir a Calignao, ya con agasajos, ya con consejos, ya con ejemplos, ya con promesas y, tal vez, con amenazas, que si no se enmendaba dejaría al Cabo hacer su oficio; y nada bastaba. Porque cuando parecía que estaba blando, si lo llamaban para que oyera Misa, se indignaba, y ésa la oía sentado y chupando tabaco —indecencia inaudita en esta tierra—; y si le decía el Padre se hincase de rodillas se encendía en cólera, y mucho más cuando le decía que acudiese a ser enseñado, que por falta de doctrina no era capaz de absolu-

ción. Viendo el P. Fr. Domingo el poco caso que hacía Calignao de sus consejos y doctrina de sus parientes y de los principales del pueblo, para que por bien o por mal lo redujesen a razón; mas todo era perder el tiempo, porque además de no oir Misa las fiestas, ni asistir a la Doctrina Cristiana, como asistían todos, ponía más desvelo y cuidado en matar y emborracharse; y aunque lo hacía —a su parecer— en secreto, se lo decían otros al P. Fr. Domingo, y el Padre le reprendía sus crueldades y la perseverancia en tan mal estado. Y de aquí nació el odio y mala voluntad que Calignao tenía al siervo de Dios, y para quitarle de en medio y no tener quien le reprendiese, se ofreció ahora a quitarle la cabeza.

Tomás Calignao mató a una pobre mujer, que estaba sentada de rodillas, metiéndole un alfange por las verendas hasta las tripas. Ella dió voces y acudió el pueblo y el P. Fr. Domingo, que se lastimó mucho de la crueldad; y por no saber quién era el agresor, dijo el P. Fr. Domingo: "Vengan todos, que yo por el pulso, conoceré quién la mató". Todos dijeron que sí, menos Calignao, que estando presente se escapó y hizo al monte por algunos días. Considerando el P. Fr. Domingo el mal natural de Calignao y las muertes que hacía —hizo otra por entonces en Buquil—, procuró con mayores cariños acariciar a dicho Calignao, por ver si lo podía meter por el camino. Y cuando ya le pareció que estaba algo dócil le dijo: "Tú necesitas vivir un poco tiempo entre cristianos, para que se te borren esos malos resabios de Zambales; mira, pues, ¿cuál te parece mejor: o ir a la fuerza y vivir entre aquellos soldados, o ir a Abucai y vivir entre aquellos indios tres o cuatro meses?" A que respondió con gran libertad que ni a una ni a otra parte, ni siquiera salir de su pueblo —ya era público que Calignao era el agresor de las

muertes—; por lo cual llegó un pariente suyo a preguntar al P. Fr. Domingo lo que se podía hacer para que Calignao no fuera sentenciado a muerte. El Padre le respondió que se presentase al Cabo, confesase su culpa, proponiendo la enmienda, y que estaba cierto que el Cabo le perdonaría y, cuando mucho, le daría una corta penitencia, y ésta se la quitaría totalmente en pidiendo por él el Padre —aconsejaba esto el Padre porque sabía que el Cabo no haría más de lo que le decía el Padre—. Mas Calignao cuando oyó tal consejo, se enojó contra el Padre Fr. Domingo diciéndole trazaba la muerte por manos de los españoles y, diciendo y haciendo, se salió y se fué a unas sementeras. Y en ellas anduvo visitando su parientes y diciéndoles que se iba al monte para nunca más salir de él, empero que había de quitar cabezas antes de irse. Con esto se fué a un pueblo, a casa de un indio tagalo, sobrino de la mujer que mató y, después, desenvainó la igua —que es peor que el cuchillo carnicero— y le quiso dar con ella; mas el indio, que estaba sentado, echó mano a su puñal y se estuvo sentado (1). Calignao temió y no se atrevió a hacer su hecho; al ruido acudió el pueblo, y dispertó el P. Fr. Domingo de dormir la siesta y, enterado de lo que pasaba, se fué allá. Y viendo a dicho Calignao a guisa de quitar cabezas, le dijo: "Ven acá, mal hombre; ¿no basta las muertes que haces de noche, que de día y a vista de todos

(1) A cualquiera que no tenga conocimiento de estos Zambales le parecerá este relato aventuras de un Tarzán, o cuentos de novelas criminales más bien que la pura realidad. Pero hase de saber que en Filipinas prevalece aún en nuestros días, la costumbre, entre campesinos, de llevar un "bolo" —enorme puñal— a la cintura, en todas ocasiones. ¡Cuanto más, en las provincias montañosas, retraídas y distanciadas de contacto con los extranjeros, como la de Zambales!

quieres matar? A que respondió él: A ti, a ti, Padre, busco el primero; llégate acá." Llegaron dos cabezas entonces a apaciguar a Calignao, pero fué en vano. Por lo cual, el Padre Fr. Domingo, para ahuyentarlo, echó mano de un pedazo de caña que allí topó, y subiendo a la casa, la tiró de suerte que a nadie llegó, ni hizo daño. Parecióle a Calignao que iba de veras y así dió un brinco al suelo desde la casa, y entonces llegó un zambala, pariente suya y lo quitó de allí con violencia, y él, caminando como iba, amezaba al Padre. Después de poco, volvió la zambala al Padre Domingo y le dijo: "Perdónale, Padre, que es un necio; que si él tuviera juicio, no te perdiera el respeto tan descaradamente". Enternecióse el Padre al ver la devoción de la suplicante y luego la consoló concediéndola lo que pedía. A no haber hecho el P. Fr. Domingo lo que hizo, hubiera muerto Calignao no sólo al indio, sino también al Padre y a sus familiares, que eran tagalos; porque, además de su desenvoltura, confiaba en los parientes que había convocado aquella mañana, y todos estaban armados y arrestados. Por un poco de tiempo se ausentó del pueblo Calignao; mas después volvió, y pasando por junto del convento, en ocasión que estaba a la ventana el P. Fr. Domingo, comenzó a desafiarlo con palabras y acciones, y el Padre le respondió: "Como sabes que los Religiosos no matamos ni traemos armas dices eso; como no lo dices ni lo haces con los soldados, quedas muy ufano". Y pasando por medio de toda la gente del pueblo dijo que no había de parar hasta quitar la cabeza al Padre; y nadie se movió a decir palabra, porque sus parientes le guardaban bien las espaldas.

Sabidas por el Cabo de la fuerza las crueldades y avilanteces de Calignao, envió siete soldados españoles allá para que guardaran al Padre, y prendie-

sen o matasen a Calignao. Y aunque por dos veces tuvieron ocasión de hacerlo, el Padre lo impidió. Y habiendo enfermado los más de los soldados, se volvieron a su presidio sin haber hecho cosa; y aunque dicho Cabo dió orden a dicho Gobernadorcillo de Balacbac para que prendiera o matara a Calignao, que todos los días entraba o salía en dicho pueblo, no lo hizo porque él y todos guardaban respeto y las espaldas a dicho Calignao.

CAPITULO IX

Del modo que tuvo el V. P. Fr. Domingo en descubrir y perseguir las idolatrías, y por ello acuerdan cortarle la cabeza, y de su poco comer

Más de tres años había que el P. Fr. Domingo Pérez andaba indagando con gran cuidado y solicitud los modos y medios de las idolatrías de los zambales; y para esto se valió de los niños y niñas que los juntaba y enseñaba la Doctrina Cristiana, y a leer, y les contaba muchos ejemplos, y vidas de Santos. Y los regalaba y agasajaba con cariño. Y luego los preguntaba el modo, cómo y cuándo que sus padres, y mayores tenían en idolatrar; y ellos lo decían todo en todas sus circunstancias. Lo cual sabido, les encomendaba el secreto, porque sus padres no los azotasen; y ellos callaban por temor de los azotes que les daban sus mayores; de suerte que nunca se supo ni conoció que los niños eran los descubridores de la idolatría. Los idólatras e idolatrías eran muchos y muchas, y teniendo plena noticia de todo, llegada la Cuaresma de 1683, determinó poner el hombro y fuerzas para conquistar y derrocar tamaña bestia. Y confiado en Dios, aunque conoció los trabajos que le habían de seguir, por cuanto supo que to-

dos los zambales, infieles y cristianos, se habían juramentado en no descubrir los ídolos por más diligencias que hiciese el Padre, aunque por ello se perdiesen o quitasen vidas. También sabía que los principales de los pueblos eran los sacerdotes de los ídolos, y que tenían su interés en ello, y que con tal oficio comían y bebían, y faltándoles éste, lo pasarían mal. Y que la gente popular estaba muy sujeta y obediente a dichos principales, y ellos los podrían incitar a algún atrevimiento. No obstante, pospuesto todo temor de lo que podía sobrevenir a su honra, vida y crédito, con un celo de Elías, atropelló con todo por honra de Dios. Y como estaba informado de los niños, llamaba a cada uno de los idólatras de por sí, y le decía: "Tú tienes tantos instrumentos, y con ellos tú sacrificaste, tal día, en compañía de fulano y de fulano." A otro decía: "Tú eres sacerdote y por eso tienes tantos instrumentos guardados en tal parte, con que das al demonio la honra y reverencia que debes dar a Dios; por señas, que tal día, en compañía de fulano y fulano." Y a este modo con todos los zambales, y ellos viendo señas tan ciertas tenían al P. Fr. Domingo por adivino, y le entregaban los instrumentos de idolatrar. Comenzó por el pueblo de Baubuen, cuya iglesia se llama Santa Rosa, y con ayuda de la Santa, halló muchos instrumentos de que usaban en sus idolatrías, y todos se los entregaron; unos de buena gana y otros de mala. Llamó luego a los niños y niñas, y díjoles que hiciesen pedazos aquellos instrumentos, y ellos, obedientes, lo hicieron como se les mandó. Èchenlos ahora en las letrinas, dijo el P. Fr. Domingo; y todos los muchachos hagan sus menesteres sobre ellos; obedecieron los muchachos y, haciendo mofa de tales instrumentos, los pusieron más que lodo. Quedaron pasmados los zambales de ver que no se hubiese muer-

to el Padre y muchachos con tal desacato. (Tenían creído que se había de morir el que tocase tales instrumentos). Predicóles el Padre y enseñóles lo que habían de hacer en adelante. De Baubuen pasó a Balacbac a hacer lo mismo, y aunque hubo algunas dificultades, con la ayuda de Dios, se vencieron. Pidieron los indios al P. Fr. Domingo que no dijese a los de Masinglo que habían entregado los instrumentos, porque todos estaban juramentados de no hacerlo, y sabiendo que los habían entregado, vendrían sobre ellos. En fin, recogió el P. Fr. Domingo todos los instrumentos y metiólos en una casilla y luego les pegó fuego que consumió los instrumentos y casa. Hízolo aquí así porque tenían por ahuero que se había de morir luego el que tocase a los instrumentos o a la casa donde estaban; y de ver que no se moría el Padre, se admiraban. De Balacbac pasó a Alalang y aunque los halló tercos, con suavidad y razones los concluyó a ellos y a los de Buquil y los allanó a que hicieran lo que hicieron los de Baubuen y Balacbac. En dicha Cuaresma de 1683, fué por tres o cuatro veces a Masinglo a hacer lo mismo; donde dió con un principal viejo que era sumo sacerdote de los ídolos. Este delegaba o repartía jurisdicción a otros para ser ministros o sacerdotes de ídolos. Con este diabólico hombre trabajó el Padre Fr. Domingo lo que no es decible, predicándole y concluyéndole con razones; empero no hubo modo para sacarlo de su terquedad. Hasta llegar un día el P. Fr. Domingo llorando, de hilo en hilo, más lágrimas a echarse a sus pies y, besándoselos, le pidió por amor de Dios dejara aquel ejercicio y se convirtiera a Dios, contándole muchos ejemplos concernientes a la materia. Y el obstinado indio se mostró en aquella ocasión más duro que nunca.

Viendo los principales de Masinglo la eficacia

del Padre y que la cosa iba de veras, se fueron nueve de ellos a Manila y presentaron petición en el gobierno superior diciendo que había noventa o más años que eran cristianos y que nunca habían tenido ídolos, y que ahora el Padre Fr. Domingo Pérez los tenía en reputación de idólatras, etc. Con esta petición padecía bastantemente el P. Fr. Domingo en su crédito, porque cada uno le consideraba de su pasión o afecto, y el que menos, decía que era celo indiscreto; y otros, que era poca prudencia. El Cabo de la fuerza, luego que supo la partida de los nueve principales, escribió la verdad de lo sucedido al Gobernador, y le pidió que detuviese en la fuerza de Manila a los nueve principales; mas cuando llegó este despacho, ya estaba la petición presentada y glosada; y, no obstante, el Gobernador los metió en la fuerza; lo cual, sabido por los de Masinglo, entregaron luego 150 instrumentos con que servían y adoraban a los ídolos. Luego, avisó el Cabo al Gobernador que soltase los nueve principales; y los dejó ir libres; y vueltos a su pueblo, el uno murió luego, y de éste se supo al año siguiente que era ministro mayor de los ídolos, mas él no lo declaró; los otros enfermaron de varios achaques, y sin poder convalecer, se estuvieron enfermos hasta que todos murieron, sin quedar uno en menos de un año y medio. Los más de los indios se reducían y confirmaban en la fe, con lo que decía y hacía el P. Fr. Domingo; por lo cual entregaban de buena gana los instrumentos de los ídolos, si bien había muchos que los entregaban a más no poder, y en especial, los que tenían librado su sustento en tales ejercicios, que eran los principales o nobles de los pueblos; éstos quedaban llorosos y con poco afecto al Padre, y si cada uno de éstos pudiera, quitara al Padre mil

vidas que tuviera; empero, el temor que tenían a los soldados españoles de la fuerza los acobardaba.

Muy alegre y contento quedó el P. Fr. Domingo con haber demolido los instrumentos dichos, pareciéndole que no había más; (empero, el año siguiente de 84 se descubrió tanta abundancia que se llenó una celda) y considerando que la cosecha había de ser abundante de mies espiritual, procuró ensanchar los graneros, o iglesias, y para eso fué a Manila, por julio de 83, a buscar limosnas para ellas. Había un año que no iba a Manila, y llegado allá esta última vez, se admiraron los que le conocían, de verle tan acabado, consumido y avejentado. Porque un año antes, apenas tenía una u otra cana; y, entonces, apenas tenía algún pelo negro. En 45 años que tenía de edad representaba más de 60. Y preguntándole un religioso al recibirle: "¿Qué es esto, P. Fr. Domingo: tanto acabamiento en espacio de un año?" Respondió: "Los ídolos zambales me han puesto así y ellos me han de quitar la vida. Mas, naturalmente hablando, no puedo vivir arriba de dos o tres años, porque los trabajos son muchos y ninguno los regalos." Y el tal religioso llegó a concebir, de conversaciones que tuvo con el P. Fr. Domingo, que fué tanto el dolor y sentimiento cuando supo de cierto que idolatraban los cristianos, que prorrumpió en las acciones dichas y hechas, en orden a consumir los ídolos con tanto celo y amor de Dios, que el mismo celo lo avejentó en tan poco tiempo: *Zelus Domus tuae comedit me*. Mucho ayudó a tanta inmutación el mal tratamiento y peor comida que daba a su cuerpo cansado; pues mientras vivió en Zambales, su comida fué un poco de arroz cocido en agua, y un poco de tasajo de carabao, o búfalo, tan seco, que lo molían en un mortero grande de palo y luego lo ponían sobre las ascuas para que se asara, porque si no,

no pudiera asar ni comer. Y todo el tiempo que estuvo en Filipinas era tan sin sazón lo que comía que los religiosos daban baya al cocinero que tenía, porque no sabía hacer cosa buena, ni aun pasadera; y se admiraban de ver que a todo hacía buena cara, y todo le sabía bien al P. Fr. Domingo, porque tenía la salsa de San Bernardo, que era la hambre. Y en esta ocasión, ni aun eso comía, ni se acordaba de comer; sino discurrir y pensar en el cómo acabaría con todos los ídolos, y esto fué lo que le avejentó. Vuelto de Manila a Zambales, quiso hacer iglesia en Balacbac, porque la que tenía no lo era, sino choza, y para eso avisó a los cabezas y principales de Balacbac, y les propuso lo indecente y corto de la iglesia, que ellos no cabían en ella; ellos entraron en acuerdo repetidas veces y todos respondieron que si el Padre quería iglesia la hiciera a su costa, como había hecho la casa de Binondoc. Respondió el Padre que los de Binondoc pagaban las sepulturas, y daban limosnas, y aun pudo hacer aquella casa a su costa, pero ellos ni pagaban sepulturas, ni daban limosna; antes era ya asentado que el Padre había de dar mortaja y cera para los entierros.

Habiendo sabido el Cabo de la fuerza la terquedad de los de Balacbac en no querer hacer iglesia, envió allá un soldado de bríos, y por temor que tenían a este soldado, cortaron madera para la iglesia; que la manifactura la pagaba el Padre. Calignao entraba y salía cuantas veces quería en el pueblo, y en todos hallaba cabida y espaldas seguras, porque ya todos estaban cansados de ser cristianos; pues por serlo habían perdido sus ídolos, cosa que no pensaron, sino que les pareció que podían ser cristianos y tener ídolos; y así, aunque había mandado para prender a Calignao, no hacían caso de él. Antes, el Gobernadorcillo, que era quien lo había de prender,

lo hospedaba y recibía en su casa a comer, etc. No obstante, que el tal Gobernadorcillo era a quien más beneficios había hecho el Padre Fr. Domingo. Por este tiempo, los de Balaebac se juntaron todos a consejo (si bien no lo supieron los Padres hasta después de muerto el P. Fr. Domingo). En este consejo se trató de dar muerte al P. Fr. Domingo, cuya ejecucución tomó a su cargo el que tantas veces se la tenía jurada. Y como fué de común consentimiento de todo el pueblo, lo tuvo Calignao a cosa de honra y valentía.

CAPITULO X

De cómo Calignao y Quibacar atravesaron con una flecha al V. P. Fr. Domingo, de que murió al tercero día, y fueron llevados a Manila sus huesos

El miércoles, diez de noviembre de 1683, salió el P. Fr. Domingo para Baubuen, por ver una obrilla que allí se hacía y confesarse con el P. Fr. Juan Rois, que estaba en Baubuen, dejando dicho en Balacbac había de volver el viernes inmediato. En esta ocasión bajó Calignao al pueblo, como solía, y visitó a sus parientes, que le dijeron volvería el Padre mañana, viernes, porque esto fué el jueves; lo cual cído por Calignao se despidió diciendo que iba al monte. Mas no lo hizo así, sino que tomando por compañero un negrillo infiel, llamado Quibacar, se fué al camino por donde había de pasar el P. Fr. Domingo, y allí se estuvieron escondidos todo el viernes entre unos panojales o carrizales, en la medianía del camino, dos leguas de Balacbac y dos de Baubuen, a la orilla de un arroyo muy caudaloso que pasaba por allí. El P. Fr. Domingo llegó a Baubuen a las ocho de la noche, bien mojado y cansado; mas no por eso dejó de asistir, luego que fué de día, a la obra —que era una casilla de comunidad para

los forasteros—. Asistió allí hasta el viernes a mediodía, que la dejó a buen estado; y habiendo descansado un rato, después de comer se partió, entre dos y tres de la tarde, llevando consigo un solo indio. Llegado al río y lugar donde le aguardaban los agresores, disparó Calignao una flecha con lengüetas y envenenada, que le pasó por delante del pecho y llevándole una cuenta del rosario que llevaba colgado al cuello, se clavó dicha flecha en un árbol. Y disparando Quibacar *incontinenti* después de Calignao, dió en el pecho del P. Fr. Domingo, cuando volvía la cabeza —que es lo natural— a ver quién le flechaba; y entrando la flecha tres dedos más abajo de la tetilla izquierda, asomó al lado derecho de la espalda más de cuatro dedos. Y, dando un tirón de ella, la sacó el P. Fr. Domingo, haciéndole mayor herida al salir que al entrar, y diciendo: "¡Jesús sea conmigo!. encomiéndame a Dios, que me muero" —hablando con el indio que le acompañaba—.

Adviértase que en otros cuadernos antes que éste, son otras las palabras que fingieron haber dicho el P. Fr. Domingo en esta ocasión, las cuales se han de borrar por siniestras y falsas, aunque debajo de mi firma, porque yo dije lo que hallé escrito. Y ahora (he) averiguado este punto exactísimamente con el indio que le acompañaba, que vive todavía, y no hubo testigo, depone estas formales palabras que dijo el P. Fr. Domingo en esta ocasión: "¡Jesús sea conmigo!, encomiéndame a Dios, que me muero". Y apretando el caballo, dió una carrera, hasta que reparó que le iba faltando la vista, y que no podía gobernar al caballo; por lo cual se apeó de él y se tendió, desangrado y desmayado, al pie de un árbol que se llama *aguso*, que estaba pegado al camino, pidiendo a Dios misericordia y perdón de sus pecados. Cuando llegó el indio que le acompañaba, le

halló desmayado, aunque volvió luego en sí por tan breve tiempo, que no pudo decir al indio lo que había de hacer, porque volvió a darle otro desmayo tan grande que juzgó el indio que era morir; mas no fué así, sino que volviendo a su juicio, le dijo al indio que fuese a Balacbac y dijese que vinieren por él. Serían entonces las cinco de la tarde del viernes, 12 de noviembre de 1683.

Partióse el indio y, muy poco después, llegaron a donde el Padre estaba tendido, un hombre y tres mujeres que andaban cazando, y le hicieron compañía hasta que llegaron los que le habían de llevar. Y fué grande providencia de Dios el que llegasen y mayor el estarse allí hasta que llegasen los cargadores; porque habiendo sido el concilio, en que se determinó matar los Padres, público a todos ellos, y todos asistieron a él, y por consiguiente era cómplice este indio y las tres mujeres, por ser de Balacbac, fué particular disposición de Dios, que mueve los corazones, el mover los de estas cuatro personas a que se estuviesen con el Padre, porque si no, le hubieran cortado la cabeza para beber con el casco y hacer sus borracheras, como lo intentaron, y por la compañía que tenía el Padre no lo ejecutaron. Llegado el indio a Balacbac no halló recurso en los ministros de justicia, ni en los ministros del Padre, que ninguno se quiso menear, ni siquiera mandar a los inferiores que fuesen por el Padre. De suerte que ni una persona hubo que fuese siquiera a hacer compañía , ya que no a cargar, al Padre. Siendo así que el Gobernadorcillo actual de Balacbac era hechura del Padre, porque lo había hecho Sargento Mayor y Gobernadorcillo y le había dado con qué vivir, y los demás ministros estaban poco menos beneficiados del Padre. Y a todos se les olvidaron las buenas obras que habían recibido con el dolor de sus de-

molidos ídolos. Viendo el indio que no había modo ni traza en quien la podía dar, se fué al Convento y llamó a dos o tres muchachos tagalos de los que asistían al Padre; y éstos, haciendo hamaca de una frazada, fueron por el Padre y ellos lo cargaron y llevaron a Balacbac, donde llegaron a las nueve de la noche, sin que hubiese quien los acompañase, más que el indio que los llamó. Y a éste envió el Padre Fr. Domingo, antes de entrar en la hamaca, a Baubuen, para que llamase al Padre Fr. Juan Rois. Partióse y llegó a Baubuen a media noche, poco menos, y antes de llegar al Convento, dió noticia de lo sucedido, a unos indios de Baubuen y ellos la dieron a otros y todos armados a guisa de pelea, se fueron al convento y hallaron al P. Fr. Juan Rois, que estaba hablando con el indio mensajero, informándose de cómo había sucedido, y de los agresores, que los vió y reconoció el dicho indio, mas no el P. Fr. Domingo; y dijo eran Calignao y Quibacar. Cuando el P Fr. Juan Rois vió entrar tantos indios armados todos. alegres y con gran algazara, al modo de los vencedores, ganada la victoria, juzgó que era llegada su hora y así se fué al coro y con la mayor devoción y brevedad que pudo, hizo un acto de contricción y se resignó en las manos de Dios, y se partió para Balacbac, a donde llegó el sábado, 13 de noviembre, al amanecer, habiendo pasado grandísimos sustos en el camino, porque, como era de noche, cada árbol le parecía que era Calignao o los indios armados que se le metieron en su convento sin saber a qué, si bien se le traslució que el motivo fué a quitarle a él la vida, como los de Balacbac tenían quitada la del Padre Fr. Domingo. Sólo faltó aquí un Calignao que se hiciese cabecilla; porque, como les cogió de repente, no tuvieron lugar de discurrir o nombrarlo, y considerado esto por el Padre Fr. Juan Rois, se partió cuanto antes, antes

que se manifestase algún judas o algún Calignao que comenzara; porque es cierto que si alguno hubiera hecho el más mínimo ademán de embestir, hubieran embestido todos y hubieran hecho picadillo al Padre. El cual, llegado a Balacbac y entrando en la celda del Padre Fr. Domingo, lo vió abrazado en un Santo Cristo, derramando muchas lágrimas y diciéndole muchas palabras amorosas y de edificación a los oyentes. Dijo el P. Fr. Juan Rois: "¿Qué es esto, Padre Vicario Provincial?" —que lo era actual y lo fué mientras vivió en Zambales—. Y su respuesta fué: "Esto es morir, y yo me muero sin remedio". Confesóse generalmente, y hechas dos fuentes de lágrimas sus ojos, recibió el Viático con grandísima devoción y veneración, habiendo primero pedido perdón a todos con grandísima humildad y rendimiento; y habiendo perdonado a los agresores y a todos cuantos le habían ofendido en cualquier tiempo; todo con palabras que se conocía salían del corazón encendidas en amor divino. Vivió el Padre Fr. Domingo hasta el lunes, en la noche, y en todo ese tiempo no hizo cama, porque la gravedad de los dolores no se lo permitía. Y, así, unas veces se tendía en el suelo y otras, en la cama, otras veces se sentaba en una silla, otras veces —y esto era muchas— se abrazaba con un Santo Cristo y, bañado en lágrimas le decía tan tiernas y amorosas palabras que movían a llanto a los que las oían; otras veces se asomaba a las ventanas y llamaba a los indios y les decía que no subiesen al monte por su muerte, que por amor de Dios perseverasen en lo que habían comenzado; que dejasen ya de todo corazón los ídolos, que ya tenían lo más andado, que ya conocían que no eran dioses, sino demonios.

Habíanle curado de suerte que no tuviese cura su achaque; pues ha sido común sentir de todos que

si lo hubieran curado bien, no hubiera muerto. Porque tienen muchas medicinas simples que les dió el Autor de la naturaleza, con que curan más peligrosas heridas que la que tenía el Padre Fr. Domingo, chupándoles primero la sangre muerta. Y sabiendo todos el modo de curar, lo curaron para que se muriera. Con que los dolores y angustias que eran los de la muerte, le afligían cada hora más. Preguntóle el Padre Fr. Juan Rois si debía algo o tenía dependencia o algo que le diese cuidado; y respondió que no tenía dependencia o cosa que le diese cuidado, ni debía más que diez y nueve Misas que acababa de recibir.

Viendo Calignao que no podía cortar la cabeza al Padre Fr. Domingo, por estar con él los cuatro cazadores, partió para Balacbac y hizo notables diligencias por entrar en el convento para despachar, en compañía del Padre Fr. Domingo, a los tagalos que guardaban el convento; mas ellos se libraron, atrancándose por de dentro, hasta que llegó el Padre herido y, por la mañana, el Padre Fr. Juan Rois. Todos los tres días se estuvo en Balacbac Calignao, sin que hubiese quien le echara mano ni le hablara palabra; antes sí le guardaban las espaldas todos los del pueblo; y en este tiempo dió muchos asaltos al convento, especialmente de noche, por ver si podía hacer que el Padre Fr. Juan Rois fuese en compañía del Padre Fr. Domingo; mas dicho Padre se defendió con velar y, cada rato, pedir el arcabuz —arma que temen mucho los zambales—.

Sabida la alevosía por el Cabo de las fuerzas, quiso ir a vengarla en persona; mas un Religioso de experiencia se lo impidió diciendo corría peligro la fuerza en faltando el Cabo, y ganada la fuerza por los zambales, no quedaría Religioso ni español; así que no hicieron más que asistir al entierro del Padre

Fr. Domingo. Porque coger a Calignao no era posible, como de hecho se han pasado seis años sin darle alcance.

Pasó el Padre Fr. Domingo los tres días de sábado, domingo y lunes con los dolores y angustias que se puede creer de tamaña herida, y éstos acompañados con los dolores de la muerte.

Pasado todo el lunes de 15 de noviembre de 1683, ya muy entrada la noche, le apretaron más los dolores o le comenzaron las congojas y ansias de la la muerte, y con ellas menudeaban la diversidad de posturas buscando alivio; y la última fué tenderse sobre un arca y allí le dieron la Extremaunción, que la recibió con grande afecto y devoción; y luego, perdió el habla, mas no los sentidos. Porque diciéndole el Padre Fr. Juan Rois estas palabras, para que las repitiera con el corazón, ya no podía hablar: "Señor, mayor es tu misericordia que mis pecados". Dió un suspiro muy grande, como que salía de lo íntimo del corazón en señal de que así lo sentía; y, luego, se quedó en un notable sosiego y reposo, y en él entregó su alma a su Criador y Redentor, a las once de la noche. De suerte, que más pareció haberse entregado a un dulce sueño que morir, porque aun no se podían persuadir los circunstantes a que era morir y no sueño. El día siguiente, por la mañana, martes, 16 de noviembre, lo enterraron con la decencia que se pudo, asistiendo los soldados españoles y muchos zambales, que ya como le veían muerto, les parecía resucitarían sus ídolos, y así, más alegres con esto que tristes por haber perdido tal Padre, concurrieron todos al entierro, que se hizo en la iglesia o choza de Balacbac. Y aunque a los cuatro meses lo quiso sacar un indio para llevarlo a Manila, viendo que estaba comenzado a corromper, lo dejó por entonces; y después de haber pasado año y medio des-

de que lo enterraron, volvió dicho indio y sacó los huesos, que todavía estaban con carne, mas no fastidiaban ni tenían mal olor, y los metió en un arca y los llevó a Manila; y, puestos en un cajón fuerte, se enterró dicho cajón sobre las gradas del altar mayor de Sto. Domingo de Manila, al lado de la Epístola, delante de la puerta que va al vestuario de Nuestra Señora del Rosario.

CAPITULO XI

De las Maravillas que Nuestro Señor ha obrado en el lugar del martirio y otros adyacentes

Un Religioso de mayor excepción escribió de Zambales la siguiente carta: Muchas veces había amenazado al P. Fr. Domingo el ayudante Calignao y lo executó en compañía de un negro, a doce de noviembre de 1683. Escondidos entre unos carrizales, aguardaron al Padre —un viernes, a cosa de las cuatro de la tarde— a la orilla de un río, que volvía de Baubuen para Balacdac de confesarse. Disparó Calignao de la emboscada una flecha con veneno, y llevóle sólo una cuenta del rosario. Disparó el negro inmediatamente y atravesó al Padre por debajo de la tetilla izquierda, poco más de dos dedos, y salió al otro lado casi todo el hierro de la flecha. Inmediatamente echó mano el religioso y se la sacó. Apretó el caballo, desangrándose todo; yendo ya a buen trecho, sintió que le faltaba la vista y que no podía gobernar el caballo y apeóse debajo de un árbol que llaman aguso, cuyo pie bañó con su sangre, y con tanta abundancia como si allí se hubiera degollado una vaca; cuyo sitio y señales de la sangre ví yo pasando por allí dentro pocas semanas. Y después, volviendo a pasar por allí el año de ochenta y seis, por

marzo, en compañía de unos cuantos indios, vi el pie del árbol todo alrededor muy limpio y sin hierba ni zacate. Y el árbol muy frondoso y verde, estando todos los demás árboles de la misma especie —que ya hay muchos en aquel paraje— desnudos y sin hoja, y estaba tan verde el aguso que negreaba de puro verde, cosa que admiró a mis compañeros. Diles a entender lo que podría ser y asentaron en ello. Y el río, que quedaba un poco atrás, en cuya orilla flecharon al Padre, siendo el más caudaloso de aquellos parajes, se había secado: cosa que a mí no me causó poca admiración, porque lo había pasado muchas veces y con bastante cuidado, por ser muy rápido y de mucho agua. Y todo el arenal que había por allí, que era bastante largo, se había llenado todo de agusos: de suerte que ya no se veía la arena, sino un monte muy espeso de agusos. En fin, cosas he visto allí en aquel paraje, en esta ocasión, que no las creyera si otro me las contara. Y aunque fuera el tal de de mi satisfacción, siempre hubiera yo quedado dudoso. ¡Bendito sea el Señor y tenga misericordia de aquellos miserables!

El P. Fr. Domingo se correspondía con un Religioso y se amaban *ad invicem* con especial cariño muchos años había. Y cuando éste supo la muerte de aquél, sin poderse contener, prorrumpió en muchas lágrimas por dos o tres días; mas fueron con un gozo y consuelo interior cual nunca tuvo en su vida, y le divertía tanto lo que sentía en su interior, que por algunos días no se acordaba de comer, antes le repugnaba la comida, y haciéndose fuerza, comía un poquillo por los que le miraban. Y el tal gozo y consuelo le duró por muchos meses siempre que se acordaba del P. Fr. Domingo, lo cual le pareció extraordinario; y, aunque por entonces, no lo dijo, lo tuvo siempre por favor que le hizo su hermano y

amigo, o Dios por él, en confirmación de su antigua amistad, o por templar el dolor que sabía el muerto había de pasar el vivo con la noticia de su muerte. Y así lo depuso ahora con juramento ante juez competente.

Era el P. Fr. Domingo Pérez de buena estatura. Tenía dos varas justas de alto. Corpulento, el color trigueño, el cabello liso y negro, que tiraba a castaño, si bien cuando murió todo era carnes y hermosura; la nariz, muy bien proporcionada; los ojos negros y las cejas muy pobladas; la boca, bien cortada, pero muy falta de muelas por los continuos corrimientos que padecía; era muy poblado de barba y todo su cabello, sin señales de entradas.

Hecha la alevosía y llevados a Balacbac los soldados españoles que envió el Cabo, se retiró Calignao a los montes, sin ser visto jamás en seis años. Sólo se comunicaba con sus parientes que se habían ido con él a los montes. Y viendo que en seis años no le habían buscado, ni se hacía caso de él, le pareció caso de menos valer. Y haciendo gala y donaire de sus pecados atroces y de la alevosía, para dar a entender su valor y valentía, se fué acercando a la fuerza de los españoles, y llegando al pueblo de Nalzo, que está no muy lejos de dicha fuerza, salió un principal acompañado de algunos indios y lo hicieron picadillo por enemigo de Dios, de los hombres y de la naturaleza humana, en un viernes de noviembre de 1689. Y colgados, por mandado de la Justicia, en diversos parajes, sus pies y manos, dieron las aves sepultura en sus vientres a todo aquel descomulgado y deshecho cuerpo. Y el alma fué a pagar al infierno tan exorbitantes delitos como había cometido, pues a las muertes inocentes que había hecho no se halló número.

No pretendo que se le dé o deba dar culto al

Padre Fr. Domingo Pérez por lo aquí escrito, sino dar una noticia cierta y verdadera de su vida, virtudes y martirio sin exageración alguna. Las faltas o yerros que hubiere en ello, los sujeto a la corrección de Nuestra Santa Madre la Iglesia, etc.

Fechado en Filipinas, en San Juan del Monte, a primero de febrero de 1691.

Fr. Juan Peguero.

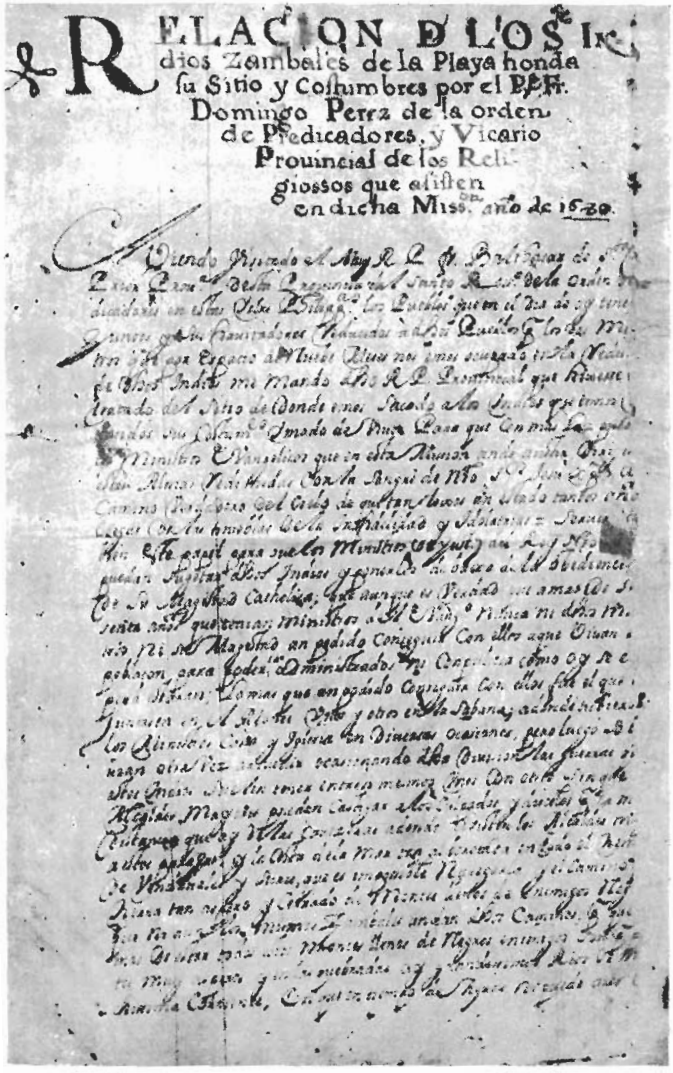
PARTE SEGUNDA

RELACION
de los indios zambales de la Playa Honda: su sitio, sus costumbres,

por el

P. Fr. Domingo Pérez, de la Orden de Predicadores, y Vicario Provincial de los Religiosos que asisten en dicha misión.

(Año 1680)



RELACION DE LOS Indios Zambales de la Playa honda su Sitio y Costumbres por el P. F. Domingo Perez de la orden de Predicadores, y Vicario Provincial de los Religiossos que asisten en dicha Miss.on año de 1730.

Primera página de la *Relación de los indios zambales*, hecha por Fray Domingo Pérez.

(Reproducción facsimil.)

ADVERTENCIA

Advierto que todo cuanto tengo escrito en este papel lo tengo bien averiguado con unos cristianos zambales muy buenos católicos, que los he tenido en mi poder cuatro años y enseñádoles a leer e instruídoles en nuestra Santa Fe Católica, mediante los libros tagalos que para este efecto han escrito los ministros celosos que esta nación tagala ha tenido. Es uno destos zambales hijo de un sacerdote de ídolos que se crió en una ranchería a donde muchas veces se hacían los sacrificios de sus ídolos. Un tío de este mozo que aun tengo en mi poder, era antiguamente Bayoc de los zambales, con que sabe todas sus ceremonias, supersticiones y sacrificios; y de sus costumbres también está bien enterado, pues vivió entre dichos zambales cerca de veinte años.

Además de esto, ha tres años que tengo conmigo a otro niño de hasta diez años, que también sabe las costumbres de estos indios, porque nació y se crió entre ellos, pues es hijo de padres zambales, y uno y otro me dicen lo que pasa en dichos zambales.

Además de esto, también he procurado averiguarlo con los niños del pueblo que, como ellos no alcanzan el fin que yo tengo en preguntarles estas cosas, me lo dicen todo; pero si lo pregunto a alguno de los viejos o que ya tenga mucha malicia, no me dirá cosa ninguna, sino es que se lo pregunte con rebozo. Y así tengo por verídico todo cuanto aquí tengo escrito, y no he querido escribir cosa de que tenga duda.

PRÓLOGO

Habiendo visitado el M. R. P. Fr. Baltasar de San Jacinto, Prior Provincial de esta Provincia del Santísimo Rosario de la Orden de Predicadores en estas Islas Filipinas, los pueblos que en el día de hoy tenemos juntos y sus habitadores reducidos a dichos pueblos, que los dos ministros que por espacio de nueve meses nos hemos ocupado en la reducción de dichos indios, me mandó dicho reverendo Padre Provincial que hiciese un tratado del sitio de donde hemos sacado a los indios que tenemos reducidos, sus costumbres y modo de vivir, para que con más luz puedan los ministros evangélicos que en esta Misión han de asistir, dirigir estas almas redimidas con la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo a camino verdadero del cielo, de que tan lejos han estado tantos años a ciegas con las tinieblas de la infidelidad e idolatrías.

Servirá también este papel para que los ministros de justicia del Rey nuestro señor puedan sujetar dichos indios y ponerlos debajo de la obediencia de Su Majestad Católica; que, aunque es verdad que ha más de sesenta años que tenían ministros del Evangelio, nunca ni dichos ministros ni Su Majestad han podido conseguir con ellos a que vivan en población para poder ser administrados ni con policía, como hoy se espera estarán. Lo más que han podido conseguir con ellos fué el que se jun-

tasen en el monte unos, y otros en la sabarca, a donde tuvieron los ministros casa e iglesia en diversas ocasiones; pero luego se volvían otra vez a dividir ocasionando dicha división las guerras que estos indios suelen traer entre sí mesmos unos con otros; sin que alcaydes mayores puedan castigar a los culpados y díscolos, por la mucha distancia que hay de las cabeceras a donde asisten hasta estos parajes, y la costa de la mar tan alborotada en todo tiempo de vendavales y sures que es imposible navegarla, y el camino de tierra tan áspero y cerrado de montes llenos de enemigos negros, que ni aun los mismos zambales andan dichos caminos. Porque a más de estar todos estos montes llenos de negros enemigos, son por partes muy ásperos y en las quebradas hay grandísimos ríos de muchísima corriente. Conque en tiempo de aguas ni puede haber comunicación desde aquí con Pangasinan ni con Mariveles ni la Panpanga; y en tiempos de secas lo regular es estar estos indios metidos con los negros en el monte rescatando cera: conque nunca han estado obedientes a los alcaldes mayores y por el consiguiente ni a Su Majestad, ni a los ministros evangélicos que hasta ahora han tenido, siendo así que han sido ministros de señalada virtud y ardentísimo celo de las almas, como se puede ver en la crónica de su sagrada Religión. Y aun el día de hoy, viven los Provinciales Absolutos que han sido ministros suyos, cuyas señaladas virtudes son constantes a toda la república. (1).

---

(1) La provincia de Zambales había estado, hacía sesenta años, al cargo de los Padres Recoletos, hasta que los mismos zambales pidieron Padres Dominicos, accediendo a cuya petición fueron enviados allí el P. Domingo Pérez y su compañero, como se ha visto ya.

I

Del sitio y paraje de la Playa Honda

Comienza la Playa Honda dede las Puertas de Mariveles y va costeando los montes que están sosobre la Pampanga hasta la punta de Sunga y cerca de Pangasinan, que dista más de cuarenta leguas. A seis leguas de Mariveles está la visita de Baga, indios cristianos administrados por el ministro de Mariveles. Cumplen todos los años con la Iglesia, no obstante tienen muchas imperfecciones; y no es de maravillar, pues no puede el ministro asistirles todo el tiempo que quisiera, por ser la costa impertransible en todo el tiempo de vendavales, en el cual tiempo es forzoso que se estén sin ministro que los doctrine. Tiene esta visita treinta tributos. Aunque tiene pacto firmado con su Iglesia y casa por el ministro, no viven en dicho barrio, si no es cuando el ministro va a visitarlos. Su habitación es en las rancherías que tienen de donde sacan maderas de molave (1) en abundancia. Tienen bastantes sementeras en dicho barrio para todos y para otros tantos más que fueran si las quisieran cultivar; pero se aplican más a cortar dichas maderas que a labrar sementeras. Tienen mucha ayuda para di-

(1) Madera de mucha resistencia, durísima y muy densa, que se sumerge en seguida en el agua. Es de mucho valor, y abunda en algunos montes de Filipinas.

chas maderas en los negros del monte, los cuales son muy buenos hageros. Todos estos negros son tributantes y pagan doce reales cada año de su tributo, el cual corre por mano de los indios a quien el encomendero tiene encomendados dichos negros. Con que el encomendero no se mete en cobrar el tributo de los negros, sino que los indios pagan por los negros dicho tributo. El negro está en servicio del indio todo el año, sin que saque el negro más interés que al cabo del año, su tributo pagado. Y esta la razón de estar continuamente el barrio sin gente, porque los indios por el interés del trabajo del negro, se van a vivir con el negro o cerca de la quebrada del monte a donde dichos negros viven para asistirles al trabajo, porque el negro, si no le asisten corporalmente, no trabaja.

Cuatro leguas desta visita, hacia el Norte, está otra visita que llaman Mariyumo, administrada de dicho Padre ministro de Mariveles. También éstos son cristianos, aunque muy malos, muy faltos de fe y con muchísimas imperfecciones. Tienen muchísimas supersticiones y son muy agoreros. No todos son muy capaces para recibir la Comunión anual. También tienen pueblo formado e iglesia y casa para el ministro; pero no viven en dicho pueblo, sino en sus rancherías, muy divididos, como los de Baga. Aunque no son tan señores absolutos de los negros, como los de Baga, también tienen negros encomenderos, por los cuales reciben muchas vejaciones del encomendero; porque lo regular es pagar el tributo por los negros, los cuales están más libres que los negros de Baga, porque tienen más tierra a donde dilatarse la cual no tienen los de Baga. Tienen estos indios también muchas maderas de de molave; pero son más flojos que los indios de Baga, con que no hay quien las corte, a me-

nos que el Corregidor de la isla que les administra justicia, les obligue a que corten dichas maderas. Fuera gran servicio de Dios el juntar estos indios con los de Baga para que se les pudiera administrar bien nuestra Santa Fe Católica. Serán éstos hasta cuarenta tributos, que juntos con los de Baga pueden tener un ministro de asiento a donde estarán bien administrados y en donde tienen tierras suficientes para su labranza y maderas con abundancia: y en tal caso, no hubiera tanta carestía deste género en la ciudad de Manila.

Una legua de Mariyumo comienza la Ensenada que está tras de los montes de Abucai y Samal, de donde comenzamos a sacar los indios que tenemos juntos en este Nuevo Toledo. Es dicha Ensenada muy abundante de pescado, tiene de boca casi una legua; la cual cierra una isla pequeña llena de muchos arrecifes por la banda del Sur; pero por la banda Norte está muy favorable: de suerte que puede entrar cualquier nao, aunque sea cargada; pero no tiene puerto ninguno dicha Ensenada y la baña todo el Vendaval y el Sur. Tiene de larga hasta cinco leguas al Este, y otras tantas de ancho. En toda esta Ensenada, que costeándola tendrá dos días de camino, estaban divididas veinte y dos familias, las cuales están el día de hoy en este pueblo de Nuevo Toledo a donde tienen sus casas y sementeras. Pasada dicha Ensenada, y entrando en el monte a una legua al monte adentro, se entra en una sabana muy llana y prolongada. A media legua en la sabana adentro está el primer pueblo llamado Nuevo Toledo. Tiene esta sabana seis leguas de ancho y ocho de largo. Cércanla por parte del Oriente varios montes asperísimos que median entre la provincia de la Pampanga y esta sabana. Al pie de estos montes estaban las rancherías siguientes: Balacbac, que

tenía catorce familias; Lacripan, que tenía siete; Tiple, que tenía otros catorce; Aglao, que tenía treinta y tres. Todas estas familias están divididas, de suerte que en ninguno había cinco familias juntas. Báñala, por la parte del Poniente, la mar que propiamente se llama la Playa Honda. A la orilla de la mar había treinta y seis familias de indios muy perniciosos, los cuales juntamos todos en el pueblo de Santa Rosa del Baguen a donde tienen sus casas y sementeras. Estaban estos indios divididos por los esteros y carrizales próximos a la mar en seis lenguas que habrá de costa y tierra llana. Más adelante de la sabana, corriendo hacia el Norte dos leguas al pie de unos montes muy ásperos que median entre la mar y el Buquil, había otras catorce familias, las cuales juntamos también en dichos pueblos de Santa Rosa de Baguen, que consta el día de hoy de cincuenta familias. Dista este dicho pueblo de Sta. Rosa del de Nuevo Toledo seis leguas, todo por tierra llana, a donde hay muchísima abundancia de caza, y muchos se sustentan de ella sin hacer sementeras; y a donde cogían el venado o carabao se estaban hasta acabarle de comer; pero ya el día de hoy tienen sus huertas en el pueblo; y como en esto se tenga cuidado, no se harán haraganes y asistirán al pueblo, donde teniendo sus huertas y en ellas qué comer, no tendrán tanta necesidad de la caza.

Más adelante seis leguas en otro llamado Nalso, sabana a donde está el presidio y fuerza de Pinaven, en un rincón de dicha sabana, en los montes del Buquil, había un pueblecillo de hasta cuarenta familias que el M. R. P. Fr. José de la Santísima Trinidad, Provincial Absoluto de sus Religiosos, había juntado en dicho paraje. Mas había allí doce familias que nuevamente se habían bajado de los

montes de Buquil, las cuales por tener lejos las sementeras, y la fuga al monte muy cerca y haberse vuelto al monte cinco familias y no tener seguridad de los demás dejándolos en dicho sitio, los pasamos a la visita de Atalam, que se compone hoy de achenta familias y dista del pueblo de Santa Rosa de Baguen siete leguas.

Los que más dificultad han tenido han sido las treinta y tres familias que sacamos del sitio y paraje de Aglao, por ser indios muy montaraces, poco o nada manoseados hasta ahora y estar dicho sitio seis leguas de distancia del pueblo de Nuevo Toledo, a donde los pusimos. Las tres leguas de camino muy malo, sin gota de agua en cuatro leguas, en todo el tiempo de seca. Vase por un arenal muy grande lleno de piedras que deja el río que sale del monte de Pinatubo, y en partes donde no hay piedras, sino sola la arena, también es muy trabajoso, porque esta arena no se une una con otra, y a poco viento que haga, levanta el polvo que ciega a los caminantes; y así les ha costado grandísimo trabajo a los de este paraje que pasan este camino para ir y venir del pueblo al monte.

Por el mes de enero de este año de ochenta los tuvimos ya en el pueblo y llevándolos yo al monte para que bajasen sus alhajas y arroz al pueblo; y habiendo ya bajado cada familia cinco cestos de arroz hasta la mitad del camino, cayó enferma más de la mitad de la gente por el inmenso trabajo que les costaba pasar dicho arenal, por lo cual les mandé dejar su arroz y alhajas para traerlo poco a poco, y para que pudiesen hacer sus huertas antes que se pasase el tiempo y para que acabasen sus casas, las cuales están ya acabadas y sus huertas un tiro de mosquete del pueblo, según el bando que, para este efecto, les envió el señor Gobernador, don Juan de

Vargas Hurtado, Caballero del Hábito de Santiago; que hasta en estas menudencias ha puesto su santa eficacia, con el deseo tan grande que tiene de que estos indios se redusgan y sean racionales, si así lo podemos decir; que, como se verá en las costumbres que tienen y con que se han criado hasta ahora, muy lejos andaban de la racionalidad y policía.

Compónese de más de cien familias el pueblo de Nuevo Toledo; y el de Santa Rosa de Baguen, de cincuenta. Por el mes de enero de este año 1680, se manifestaron todos ante el Ayudante Alonso Martín Franco Cano, superior de la fuerza de Paynaven, el cual, con evidentes peligros de la vida, con gran celo como un fervoroso religioso, sin atender al interés que hubiera tenido siquiera mostrarse omiso a las órdenes de su superior, y admitir las ofertas de oro que los indios le hacían, porque no les obligara a salir de sus rincones, nos ha ayudado con gran crédito suyo a juntar los indios que hoy tenemos en los dos pueblos dichos. Hizo los padrones de la gente que estaba en los dos pueblor referidos y se hallaron sietecientas y setenta personas, las cuales perseveran hasta hoy en los dichos pueblos, y perseverarán, como no cesen las diligencias que se hacen para reducir a los que están aún renuentes en los montes. Hizo también dicho Ayudante y Cabo superior del dicho presidio al nuevo pueblo de Alaban, sacando a sus antiguos habitadores de donde antes estaban, y los trujo a un tiro de mosquete de sus sementeras. Tiene este sitio una ensenadilla pequeña que allí hace la mar, de muy buen pescado, y pueden allí dar fondo las embarcaciones con seguridad, lo cual no tenía antes dicho pueblo. En el sitio antiguo también hizo los padrones de los indios que a dicho pueblo agregó, los cuales son los de Balro, que estaban al pie de los montes del Buquil, y los que se ba-

jaron de dicho monte. No me hallé presente al hacer dichos padrones, y así no sé el número de las personas que son; pero cónstame que son más de cincuenta familias las agregadas a dicho pueblo. He visto sus casas ya acabadas, que son muy buenas y de materiales fuertes y de duración. También éstos perseverarán en dicho pueblo, porque es grande el horror que tienen a las armas españolas; y más si se menudean las entradas de los españoles a los indios que aun perseveran en el monte.

II

De las idolatrías de todos estos indios

Habiendo de tratar de las idolatrías, supersticiones y costumbres de los zambales, me pareció advertir primero que mi intento no es desanimar a los ministros del Evangelio que entre estos indios han de plantar nuestra Santa Fe Católica, sino darles las pocas noticias que tengo de lo poco que tengo averiguado respecto de lo mucho que habrá que averiguar y con el tiempo se irá descubriendo de las costumbres de esta gente ciega, que tan descaminada y lejos de la razón ha vivido tantos años, a las puertas de la verdadera luz evangélica que profesamos. Que aunque están rodeados de provincias cuyos habitadores son muy buenos cristianos, como son las provincias de la Pampanga, Pangasinan y Mariveles, no obstante esto, se les ha pegado muy poco o nada bueno de las costumbres de los cristianos, por la poca comunicación que tienen con ellos; pues solamente van a dichas provincias a tratar y contratar, por breve espacio de tiempo, y, entonces, si alguno se descuida, le quitan la cabeza. Conque, como digo, tienen poca comunicación con gente de razón. Antes bien, me parece servirá de estímulo este mi papel para los religiosos que, dedejando los conventos de España, patria, amigos y parientes, movidos por el celo de las almas, venimos

a estas islas Filipinas a publicar nuestra Santa Fe Católica, conservarla y enseñar buenas costumbres. Todo esto nos saca de nuestras provincias de España y nos priva de nuestra patria.

Aquí, pues, entre estos miserables zambales, hallaremos bien que hacer. No es necesario ir a buscar infieles a otros reinos, pues aquí, aunque pocos, los tenemos; y juntamente tenemos quien nos los sujete y ponga debajo de nuestra obediencia.

Digo, pues, que este mi papel servirá de estímulo a los ministros del Evangelio para venir a emplearse en el servicio de Nuestro Señor y Su Santa Fe Católica, cuando consideren lo mucho malo que hay que arrancar y extirpar de los corazones de estos indios y lo mucho bueno que les falta hacerles cristianos. Y aunque hay entre ellos muchísimos bautizados, pero en cosa ninguna se diferencian los unos de los otros; mirando sus costumbres y modo de vivir, tan idólatras son los bautizados como los no bautizados. Y no me espanto, pues hasta ahora no han dado lugar a los ministros antiguos que tenían para poder vivir de asiento entre ellos, pues no se han querido juntar en población, y si se han juntado ha sido por breve tiempo; que sus malas costumbres les han vuelto otra vez a los montes y rincones de donde nosotros los hemos sacado. Pero, ya el día de hoy, según la eficacia que el señor Gobernador de estas Islas Filipinas pone en el bien espiritual y temporal de estos pobres, tenemos muy buenas esperanzas que perseverarán en sus poblaciones y podrán ser enseñados del camino verdadadero del cielo.

* * *

Tienen estos indios sacerdotes y sacerdotisas, y uno que es como superior a todos ellos, aunque no tiene jurisdicción ninguna sobre los demás, porque aquí cada uno es dueño de su voluntad y solamente le reconocen superioridad en cuanto él da autoridad a los demás sacerdotes y sacerdotisas para algunos sacrificios particulares, y esto es a quien se lo paga muy bien. A éste le llaman Bayoc, el cual se viste de mujer, se pone tapis o mandil y ata el cabello como las mujeres, aunque sobre el tapis ciñe y pone su catana al lado izquierdo, y al lado derecho, igua, como los demás hombres, que son las armas de todos estos indios y ninguno anda sin ellas aunque sea dentro de su casa. El ídolo a quien principalmente ofrecen este Bayoc o sacrificio, se llama Malyari, que quiere decir poderoso. A éste le forman de una cabeza de madera con su cuerpo y manos de paja; vístenle como a una imagen a su modo; pónenle su altar y nicho; enciéndenle luminarias de brea, a falta de candelas de cera, juntándose toda la gente de la ranchería para hacer el sacrificio. Hecho su altar, toma el Bayoc su lanza en la mano y con ella hace tres agujeros en tierra, los cuales llenan de vino, y, clavada la lanza en el suelo, comienza el Bayoc su sacrificio. Con una hoja de anahao o palma silvestre, en la mano, comienza a hacer sus maneos, temblando todo su cuerpo y con los ojos muchos visajes. Suele hablar, unas veces entre dientes, sin que nadie le entienda, otras veces, se contenta con los visajes de los ojos y temblores de todo el cuerpo, y después de algún rato breve, da dos golpes en la rodilla con la mano, en donde tiene la hoja de palma, y dice que él es el Anito a quien se hace el sacrificio; y en esto, el sacristán —que le tiene, que hasta en esto el diablo, mono de Dios, quiere remedar a Su Divina Majestad— propone la necesidad del que

manda hacer el sacrificio, y el Bayoc promete cumplir el deseo del que le manda hacer, y luego los circunstantes comienzan a cantar unas cantinelas en alabanza del Anito o ídolo. Mientras se canta, dan a beber al Bayoc y al sacristán y después de los dos, se siguen a beber todos los presentes; pero ninguno beberá ni comerá nada de lo que se ha ofrecido en el sacrificio hasta que el Bayoc coma o beba, porque dicen se morirán si comen o beben antes del Anito, y comer o beber el Anito no es otra cosa que comer o beber el Bayoc.

El oficio de sacristán, aunque el Bayoc le da a quien quiere, no es de mucha estima, y faltando el que está diputado para el tal oficio, pone el Bayoc en su lugar al primero que encuentra a mano. Pero el oficio de Bayoc, entre ellos, es muy estimado; y me espanto, pues tiene tales provechos que, por unas honras que haga por algún difunto, le suelen dar diez taes de oro, las cuales honras hacen para que el alma del difunto se aparte de sus parientes, que dicen siempre les sigue dicha alma mientras no le hacen dichas honras; las cuales no todos las hacen, porque no todos tienen posibilidad para los gastos. Cuando se hacen convidan toda la parentela y amigos del difunto para que asistan a ellas, ofrecen comidillas de arroz, buyo, tabaco y vino, lo que parece bastante para los convidados. Y vistiendo a Malyari con lo dicho arriba y presidiendo las ceremonias dichas, hay la pura desorden: unos lloran, otros cantan, otros tocan sus instrumentos músicos y otros bailan a su modo. Así, los que lloran como los que cantan, todo cuanto lloran y cantan es en memoria del difunto. Finalmente, se consume lo que se ofreció y, en acabando de comer y beber, se acabó el sacrificio, y los convidados se llevan cada uno su taza en que bebió, aunque algunos la suelen

dejar y son los menos; conque si cien personas acudieron a las honras, otras cien tazas han de sacar, para cada persona su taza. Y es de advertir, que no siempre visten el Anito Malyari, porque éste sólo el Bayoc le tiene; pero siempre que dicho Bayoc hace sacrificios por algún difunto le viste, aunque hace también otros sacrificios a otros anitos sin vestir al dicho Malyari.

* * *

Tienen también su género de bautismo, el cual sólo el Bayoc tiene autoridad para administrarle, haciendo primero sacrificio al Malyari, del modo que tengo dicho, y, juntamente, visten al bautizado a su modo, el cual suelta el cabello y cuelga amuguncillos —unas piececillas de oro— y, acabado el sacrificio, en lugar de agua, le bautiza el Bayoc con sangre de puerco, o ya casero o ya del monte. Los parientes del bautizado están todos alrededor, cercándole, y el bautizado, en alto, puesto encima de una piedra. Y, acabadas las ceremonias, corta el Bayoc las extremidades del cabello del bautizado de donde penden las piececillas de oro y las arroja en alto, y los circunstantes las recogen a la rebatiña. Este oro es después muy estimado, y con dificultad se deshacen dél; y, así, los más próximos al bautizado con sus parientes, los cuales, mientras se hacen las ceremonias y el sacrificio, están cantando ciertas cantinelas y les responden todos los que están presentes. Ya son muy pocos también los que de este modo se bautizan, porque los derechos que le dan al Bayoc son grandes, que suelen llegar a ocho taes de oro. Si mientras se hace el sacrificio o ceremonias del bautismo los circunstantes hacen mucho ruido, y habiéndoles prevenido el Bayoc que callen, no cesa el rumor, entonces el Bayoc toma unos salvados,

polvos o arenas y lo arroja en alto sobre las cabezas de los que hacen el ruido; y con esta diligencia ninguno se atreve a abrir la boca y cesa todo el rumor.

* * *

El modo que tiene el Bayoc de dar la potestad a los demás sacerdotes de los ídolos no es menos disparatado que todas sus cosas. Junta el nuevo anitero o nuevo sacerdote que ha de ser, mucho vino y asiste el Bayoc, uno o dos días, a una grande borrachera que ha de durar por espacio de siete días sin cesar, en la cual borrachera y entre y veniente tiene licencia para beber; y son tan prolijos en esta materia, que cuantos allí acuden se han de emborrachar y hasta que caiga y se tienda de borracho no le permiten que salga de allí. Entonces, pues, publica el Bayoc al tal miserable por dueño de tal reino. Luego que se acaban los siete días continuos de la primera borrachera comienzan otros siete de segundo en segundo día, y, acabados estos siete segundos días, comienzan otros siete, de tercer en tercer día; y si falta alguna de estas circunstancias dicen que le castigará el ídolo o Anito y no obedecerá el tal Anito al sacerdote. La paga que se le da al tal Bayoc por su asistencia y publicación al nuevo sacerdote de su sacerdocio es según el Anito que toma, porque hay entre los Anitos sus jerarquías: hay Anito que cuenta ocho taes de oro, otros, seis; otros, cuatro; otros, tres, según el Anito que cada uno quiere.

El Anito superior a todos, me parece que es el llaman *Acas* porque le cantan una cantinela que dice: *Mag ya mar man a manyari Monapon si Acasi;* que aunque es poderoso Malyari, la primacía se lleva Acasi. Esto toman por estribillo cuando cantan en el sacrificio que a este ídolo se le hace. De este ídolo hay pocos sacerdotes porque les cuesta mucho

la autoridad que les da el Bayoc para poder ofrecerle sacrificios. Sirve este ídolo para los enfermos, según dicen, y para los trabajos de importancia. Todos sus sacerdotes dicen que hablan con Acasi, pero que ninguno le ve, ni ninguno de los circunstantes le oye hablar; y lo mismo es de los demás ídolos y sus sacerdotes. Y todos se embriagan lindamente cuando se hace el sacrificio, y el sacerdote dice que el ídolo le ha dicho las mentiras que él forma en su entendimiento y los demás las creen como verdades. Esto es universal en todos los demás sacrificios que se hacen a los demás ídolos.

Hay otro ídolo que llaman *Manglobar*. De éste dicen que aplaca los corazones airados; y así, cuando alguno hace una muerte, envía al sacerdote de este ídolo para que aplaque los parientes del muerto y se compongan con el matador, la cual compostura es que el matador dé oro o cosa que lo valga a los parientes del muerto por la autoridad del muerto; y si no tiene oro, que dé un esclavo, que de regular es algún negrillo del monte que para este efecto cogen; y si aun esto no puede, mata a un hijo del del matador o pariente muy cercano; si nada de esto puede el matador, le matan a él. También la parte ofendida suele acudir al sacerdote para que el ofensor se componga con los ofendidos, y es muy de ordinario, en especial cuando el ofensor es más poderoso que la parte ofendida o tiene mayor parentela que le favorezcan. Sólo un sacerdote he podido descubrir de este ídolo o Anito.

Hay otro que llaman *Mangalagar*. Deste dicen que acompaña al sacerdote a donde quiera que vaya en todas ocasiones cuando lo invocan (Angel de Guardia); cuando vienen de hacer algún garro o *mayao*, que es quitar a alguno la cabeza. Si han hecho presa, le dan al tal ídolo las gracias y le hacen

sacrificios; y está esto tan introducido, que de ninguna manera subirán a su casa sin que primero ofrezcan sacrificios al tal ídolo, porque dicen serán castigados del tal Mangalagar si antes de entrar en sus casas no le hacen fiestas, y no tendrá dicha otra vez en cortar otra cabeza. Todas estas fiestas son con vino y borracherías. De este ídolo hay muchos sacerdotes, pero no tantos como de los Anitos que tienen para sus Arroceas.

De los Anitos que tienen para el arroz, no he podido descubrir más que cinco, que son: *Anitontavo*, que me parece que es como señor de los vientos y superior a los cuatro compañeros que luego diré. A éste le ofrecen el *pinipio*, que son las primicias de su arroz: cógenlo verde y machúcanlo, y después lo tuestan en una olla o cazo y se lo ofrecen haciendo primero su modillo de altar a donde cuelgan algunos manojillos de arroz, según la devoción de cada uno. Llaman a este modo de ofrecer *mamiamag*. Luego sigue *Dumagan*, de quien dicen hace granar bien el arroz. Y después *Calasacas*, que lo hace madurar. Después *Calasocos*, que dicen lo seca, y así le hacen sacrificios porque no lo seque. Y después *Damalag*, que dicen lo libra de los huracanes cuando está en flor. Hay destos Anitos o ídolos muchísimos sacerdotes y sacerdotisas, aunque como llevo dicho, ninguno de estos ídolos ni habla con ellos ni aun los pintan, ni tienen sus imágenes; pero lo que entonces les dice el sacerdote o sacerdotisa lo tienen por oráculo y dicen que no faltará. A estos sacrificios acude toda clase de gente, si bien algunos ladinos no creen nada de esto; pero no obstante, todos acuden a ellos, cristianos y no cristianos, sin exceptuar a ninguno.

III

De las supersticiones de estos indios

Entiendo que no son menos los errores que tienen en esta materia de supersticiones, que los que tengo referidos de la idolatría, aunque no he averiguado como en lo de las idolatrías, pero con el tiempo se irán descubriendo y averiguando.

Hay un pájaro que ellos llaman *Salacsac*: tiene el pico dorado y los pies tambien; las plumas, verdes algunos, y otros, azules, con manchas negras y blancas. Busca este pájaro su comida en el río. Si se les aparece hacia la mano derecha, yendo de camino para alguna parte, se vuelven, porque dicen les sucederá algún avieso o trabajo grande en el camino o en la parte a donde van, como es morirse o que los flechen u otra parte semejante; si se les aparece dicho pájaro de la mano izquierda, dicen sucederá lo mismo a los que dejan en su casa, como son hijos, mujer, padre o madre, pariente muy cercano...: con que también se vuelven. No obstante esto, si el pájaro canta a modo de cuando un hombre se ríe, pasan adelante y dicen que el tal pájaro está en su favor; pero de cualquier otra manera que dicho pájaro cante o grazne, se vuelven, porque dicen les anuncia algún trabajo muy grande.

Otro pájaro hay, menor que un gorrión, que

ellos llaman *Pasimanuquer*. De éste dicen lo mismo que del *Salacsac*.

Del *toco* que llama el tagalog, y el español *chacón*, dicen lo mismo. Si van por el monte o cerca de él y algún árbol se cae, dicen lo mismo que del *chacón* y los dos pájaros arriba dichos. Si yendo de camino oyen algún estornudo, también se vuelven; y si están parados y querían hacer alguna cosa, la dejan por entonces si alguno estornuda. Si de noche oyen graznar algún cuervo, dicen les anuncia muerte de algún pariente muy cercano. Si algún perro suyo se quiebra algún diente o se le cae, o matan el perro o se le dan a alguno, porque dicen les anuncia la muerte. Si el perro, para salir de casa, salta por la ventana, también dicen les anuncia lo mismo. Si sueñan que el vestidillo que tienen está roto, le arrojan porque dicen se morirán. Si sueñan que la casa se les cayó y se les quemó, la desbaratan porque también dicen se morirán.

También el demonio ha procurado desacreditar entre ellos el Santo Rosario. Que si van a cazar se le quitan, porque dicen no morderán los perros al venado o puerco de monte si ellos traen rosario. Ninguno destos indios come si está solo, porque dicen se morirán; y así lo que suelen hacer es hacer la comida y cargar con ella hasta que hallan compañía delante de quien puedan comer.

También tienen dedicados algunos parajes de monte y cañas al Anito; y así, ninguno corta allí porque dicen se morirán y los matará el Anito, aunque no saben a qué Anito está dedicado, ni quién dedicó dicho monte o paraje al tal Anito; no más que una observancia antigua que tienen de sus antepasados.

En los casamientos también tienen sus supersticiones: después que se ha efectuado algún matri-

monio, van marido y mujer al monte a buscar al Salacsac o el Pasimanuquen, y si les canta bien, se vuelven muy contentos, y si les canta mal, muy tristes; y cantándoles bien traen del camino un hombón o cántaro de agua y mediante dicha agua que se bebe entre todos los circunstantes, tendrán hijos los dos nuevamente casados; y cantarles bien el pájaro es cantarles hacia la mano derecha, y a modo de que dicho pájaro se ríe; y cantarles mal no es otra cosa que cantar hacia la mano izquierda a modo de que el pájaro está algo ronco y triste; en tal caso, dicen que tendrá mal fin dicho matrimonio, como es morirse alguno de los dos en breve tiempo; y si no ven al pájaro, dicen que no tendrán hijos.

IV

De las costumbres de estos indios

Aunque estos indios tienen su género de jerarquías, pues unos son principales y otros no, y hay otros descendientes de esclavos, no obstante, no tienen obediencia ninguna unos a otros, ni el pobre obedece al rico, ni el principal tiene dominio sobre el no principal. A quien se tiene obediencia —aunque poca— es a los viejos; cuando en juntándose como en consejo se determina alguna cosa, se está a lo determinado en dicho consejo o junta de viejos. Pero, en particular, ninguno se atreve a mandar a otro, ni el principal al no principal, ni el rico al pobre: porque aquí cada uno es dueño de su voluntad y a cada uno le parece que es más que su vecino. El modo con que se gobiernan es el miedo, y así, cada uno procura que le teman los demás más que a otro ninguno; y para esto cada uno procura adelantar a los demás en hacer muertes, para que los demás le teman, las cuales muertes hacen en traición. Y para que los parientes del muerto no maten al matador, paga el matador un tanto de oro a los parientes del muerto, según la calidad del difunto, porque si el tal era principal o tenía mucha parentela, cuesta más la muerte y redime con mayor cantidad. El precio más ínfimo con que se suele redimir una muerte son cinco taes de oro; y si el matador no

tiene oro, redime dicha muerte con plata a respecto de ocho pesos cada tae de oro, siendo así que el oro vale entre estos indios a diez pesos el tae, porque es oro muy bajo que, según he oído decir, no llega a catorce quilates. El poco oro que tienen está muy mezclado con plata, cobre y bronce; pero si dicho matador no tiene oro ni plata para redimir la muerte que hizo, va al monte y engaña algún negro o le hurta y le trae a su ranchería y le entrega a los parientes del muerto para que ellos le maten al dicho negro. Y en esto no se halla mucha dificultad porque en el monte tienen muchos negros conocidos, los cuales no dejan de tener sus enemigos en algunas rancherías de los negros a donde van a hacer la presa, y como los negros son muy vengativos, por vengarse ellos de sus enemigos ayudan a los zambales para que los cojan, y el zambal da al negro de quien se valió para este efecto algunas flechas o machetes.

Pero es también de advertir que no siempre matan al negro que así se cogió; que algunas veces le dejan vivo y queda esclavo perpetuo, de los cuales el día de hoy hay muchos; y aun entiendo que todos los esclavos que tienen son de esta manera, y dando el matador un esclavo de esta manera redima la muerte que hizo; y si aun no puede dar oro, ni plata, ni esclavo, mata un hijo o le entrega a los parientes del muerto para que ellos le maten, al cual hijo así entregado jamás dejan de matarle, porque en pudiendo traer armas se rebelará y se volverá con su padre. Y si acaso es hija la que el matador entregó por rescate de la muerte que hizo, en casándose dicha hija se irá a casa de su padre o parientes con su marido, porque entre los zambales prevalece la mujer al hombre, y los hombres en alguna manera obedecen a las mujeres, las cuales

son muy soberbias, y en no obedeciendo el marido a la mujer, se descasan con grandísima facilidad.

Y así estiman estos indios mucho el ser emparentados y aunque sean parientes muy remotos se tratan de hermanos por la necesidad que tienen unos de otros para que les ayuden en casos semejantes. No obstante dicha estimación que hacen de sus parientes, vemos una mala y perversa costumbre que tienen peor que las fieras más carniceras, y es que los zambales no acostumbran tener más de dos hijos que van naciendo hasta que haya hija; y habiendo ya dicha hija, apenas está preñada la mujer cuando ya disponen matar al hijo o hija aun desde el vientre de la madre. Pero si alguno pide dicho hijo o hija, que aun está en el vientre de su madre, se le dan; pero el que le pide ha de pagar a su madre todo el tiempo que se ocupare dicha madre en dar leche al tal niño o niña, y después se reputa por hijo de aquel por cuya cuenta se crió y vivió; aunque yo conozco muchos de esta manera que tienen mucho amor a sus padres verdaderos. Desde que descubrimos entre ellos dicha costumbre, hemos librado de la muerte a tres niños, aunque con mucho dolor de sus padres por no los haber muerto. Pero luego que sabemos que alguna mujer está preñada, la amonestamos que no mate a su hijo o hija que pariere, porque la castigaremos con mucho rigor; y ellos, de miedo del castigo, dejan vivir a sus hijos.

* * *

Tienen también sus lutos por los difuntos parientes muy cercanos: y es ponerse un paño negro en la cabeza, el cual en ninguna manera acostumbran quitar hasta hacer una muerte, y mientras

tienen dicho luto, que ellos llaman *balata,* no acostumbran a cantar, ni bailar, ni tocar sus instrumentos músicos, ni se hallarán presentes a ninguna fiesta de ellos, las cuales se hacen siempre con vino, tocando sus instrumentos músicos; pero habiendo ya quitado alguna cabeza o hecho alguna muerte, luego se quitan el balata o luto; y para esto se junta la parentela y se hace una gran borrachera a donde se consume mucho vino y gastan algunos días en dicha ocupación, y así es forzoso que entre estos indios se hagan muchas muertes porque no quitan luto ninguno sin que hayan hecho alguna muerte, y luego los parientes de aquél a quien nuevamente mataron para quitar el luto antecedente, también se ponen nuevo luto, y para quitarle es menester hacer otra muerte; y así unos a otros se matan y siempre tienen luto, menos que la muerte la hagan lejos o entre los negros, o a los indios sujetos a su Majestad en las provincias comarcanas; y para que no procedan en infinito en esta materia, procuran hacer las muertes que hacen ocultamente, cuando no es en su partido, para que no les puedan atribuir a ellos dicha muerte. Pero hecha dicha muerte, luego ellos lo dicen a sus vecinos y se huelgan, cantan y tocan todo lo que han dejado de holgarse el tiempo que tuvieron el balata: y así se dice comúnmente que los que mueren entre los zambales, de las cuatro partes, las tres mueren de muerte violenta, y la una, y aun no entera, de muerte natural. Pero siempre que hay alguna muerte, sea natural o violenta, hay balata, la cual se ha de quitar con otra muerte, o ya matando a otro zambal o negro del monte o indio de las provincias vecinas a dichos zambales. A zambal conozco de quien se dice que se ha hallado en sesenta muertes; no me atrevo a calificar por verdad lo que se dice deste indio. Pero

lo que sé es que estos indios no se corren ni afrentan entre ellos mismos de ser tan carniceros, antes hacen alarde y ostentación de estas costumbres y tienen vanidad de las muertes que hacen. Así como entre los españoles se dice y habla con cortesía: mi compadre fulano, mi vecino, mi camarada, etc., y sería un género de descortesía decir Juan Fernández, Pedro Sánchez, etc., así también entre estos indios es descortesía llamar por sus propios nombres. Solamente, y será mucha y buena policía llamarse con el nombre que en su propia lengua significa el *cómplice* en alguna muerte, que es *araoc*, y así dicen: araoc Juan, etc.; y como son poco aduladores, nunca dan el nobre de araoc al que no lo tiene en realidad de verdad; porque será entre ellos como hacer burla de aquél a quien se le da dicho título no se le debiendo, como entre nosotros dar título de valiente a quien no se atreve a sacar la espada de la cinta.

V

De los casamientos

Sus casamientos se hacen no entre parientes, antes buscan para casarse a los que no son parientes suyos, y entiendo será para, mediante el matrimonio, adquirir nueva parentela, porque vemos que el que más parientes tiene, está más valido, es más temido de todos y hace más muertes, en que consiste su mayor grandeza, porque tiene más y mayor arrimo para que le saquen libre de las que hace. No se efectúan los casamientos hasta que se juntan la parentela de una y otra parte, y mandan a los dos contrayentes que coman juntos en un plato. Todas las demás ceremonias y prevenciones antecedentes pertenecen al contrato del matrimonio y desposorio. Más se hacen mediante la voluntad de los padres y parientes, que no mediante la voluntad de los contrayentes; porque los casan desde niños, que aun no tienen uso de razón los más de los contrayentes. La razón que me han dado de esto es para que, desde niños, se críen juntos y se cobren amor unos a otros; pero vemos que muchísimos salen mal casados y depués de casados se apartan; aunque en esto los hombres padecen mucho, porque entre estos indios, lo mismo que entre todos los de esta tierra, se usa que el varón dé la dote a la mujer; y entre los zambales se usa no solamente dar la dote a la mujer,

sino también otro género de dote a todos los parientes de dicha mujer, que ellos llaman *sambon* (entre los tagalos se usaba también antiguamente, y llamaban sohol), la cual segunda dote entre los indios suele ser mayor que la primera, que es la que se entrega a la mujer; y en viniendo marido y mujer que se quiere apartar de su marido y casarse con otro, si la cosa de la riña la ha dado el hombre, se descasan y pierde la dote que dió a su mujer, y la que dió a los parientes de dicha mujer; pero si la causa de dicha riña la dió la mujer y ella se quiere descasar, ha de volver todo el dote, y en tal caso también volverán sus parientes lo que les dieron a ellos; y como a ellos les importa poco que vivan en paz o en guerra los dos casados, siempre es muy común ponerse toda la parentela de la mujer de parte de ella por no volver lo que les dieron a cada uno. Conque, aunque nunca tenga justicia la mujer, siempre está la razón de su parte para hacer lo que ella quisiere: y así como aquí no hay más justicia que la ira, arco y flechas, lanza y coraza, siempre prevalece la mayor parentela y los más interesados; y como éstos son los parientes de la mujer, a quien se dió la dote, y el marido es solo, y cuando mucho sus hermanos, siempre, o comúnmente, ha de estar la razón de parte de la mujer, y el marido se ha de quedar sin una y otra dote: conque el pobre zambal, por no quedarse sin mujer y sin dote, sufre todo cuanto quiere la mujer. Además de que no son tan bárbaros estos indios que no conozcan cuándo tienen razón en lo que piden y cuándo no; y así nunca la mujer dirá que se quiere descasar, si no es cuando el marido fué evidente causa de la riña.

Aunque algunas veces suelen hacer las amistades entre el marido y la mujer con condición que el marido haga una muerte, y en tal caso se va de

casa y no vuelve a la presencia de su mujer hasta que haga dicha muerte, la cual hecha y llegando a noticia de dicha mujer antes que llegue el marido a casa, le sale a recibir con un vajaque nuevo en las manos para presentarle a su marido en señal de agradecimiento, en señal de que la obedeció; pero en tal caso siempre está la mujer y sus parientes prestos a resarcir el daño que se siguiere de dicha muerte y el marido quedará libre. Y la ceremonia de salir la mujer con el presente del vajaque para su marido en la ocasión dicha es de tanta importancia entre estos indios que hará duelo el marido si su mujer falta a esta cortesía.

Una cosa buena tienen las mujeres casadas, y es que son castas y leales a sus maridos, y apenas se hallará entre los zambales mujer casada de quien se diga que lascivamente se revolvió con otro, siendo así que es muy común el dormir todos juntos en una ranchería o zacatal y estar todos embriagados, así hombres como mujeres; pero no se dará el caso que un hombre llegue a burlarse con mujer casada, y más en presencia de otros. Pero también creo que aquella castidad, o menor liviandad, en esta materia, no se la enseñó el demonio para bien y pundonor de estos zambales, sino para darles más caminos para hacer más muertes y traerlos más inquietos; porque tienen grandísimo celo los casados de sus mujeres y en ningún acontecimiento se apartan de ellas; a donde quiera que vayan, van juntos, sin apartarse de vista. Y cuando van de camino llevan todo su ajuar, y la mujer carga con todo a cuestas en un cesto que lleva a las espaldas pendiente de la cabeza, y el hombre, con su arco y flechas, haciendo escolta. Hasta la gallina con sus pollos deben llevar en dicho cesto o debajo del brazo: de suerte que cargan con todo lo que pueden

de las alhajas que tienen en casa, menos lo que no es portable, que eso lo esconden en el zacatal. Y si por alguna contingencia se ausenta el marido y no puede llevar consigo a su mujer, y mientras dicha ausencia la mujer flaquea en la castidad y llega a ser notorio en la ranchería —que si ha sido ella flaca, que es muy dificultoso que no llegue a noticia de su marido, porque estos indios no saben guardar secreto—, en tal caso el marido mata sin remedio alguno al que ofendió pecando con su mujer; y muerto el tal mancebo, da parte de la traición que le hizo su mujer a los mismos parientes de la mujer, para que ellos la maten; y si se descuidan los dichos parientes de matar a la tal mujer, en tal caso la mata su mismo marido y puede también matar a cualquiera pariente de ella, sin que por eso quede obligado a pagar cosa ninguna. No obstante esta costumbre, se suele componer este pleito con otro, pero ha de ser habiendo mucho oro de por medio. Yo conozco una principala de lo más granado de los dichos zambales, que le costó un pleito destos más de treinta taes de oro y dos esclavos que les entregó para que les quitasen la cabeza; pero con esta advertencia: que el ofensor de tal mujer y principala, se llama Mónica Corosan, y estaba casada *in facie Ecclesiae*, y por haber sido flaca y poco o nada fiel a su marido, le costó lo que digo y se descasó y apartó de su legítimo marido en quien tiene un hijo y se volvió a casar con su mancebo, en el cual tiene ya tres hijas. Pero aunque se compuso dicho pleito mediante oro, no se ha atrevido a parecer ella delante de sus parientes más ha de doce años.

De suerte que de este rigor que en esta materia tienen procede el ser dichas mujeres tan castas; y se precian ellas tanto de que sus maridos y parientes las tengan por castas, que si alguno llega a

inquietarlas, ellas mismas se lo dicen a sus maridos y parientes para que ellos tomen venganza.

Las mujeres solteras también me parece son castas; no obstante, algunas se suelen descuidar, pero así ella como el cómplice, pagan con la vida, si el caso llega a saberse. Si alguna queda preñada, la obligan sus parientes a que manifieste el cómplice de su preñez, y si no se casan los matan a entrambos los parientes della, sin que queden obligados a resarcir cosa ninguna.

VI

De los entierros

En los entierros usan no amortajar al difunto, sino vestirle, y si es principal le ponen dos vestidos a su modo y dos mantas. Si el difunto tiene alguna parte en alguna herencia de oro, antes que entierren a dicho difunto se hace la partición del oro delante del mismo cadáver, con su matalotaje de algunas comidillas. De los del Buquil he oído decir que si el difunto es principal y tiene algún esclavo, le matan y le entierran con su amo. Yo he tratado muy poco con los del Buquil, y así no sé qué verdad se tenga en esto: no lo afirmo. También he oído decir otra cosa que aborrentan en decirlo, y así no me atrevo a ponerlo en este papel porque, como digo, he tratado poco con los Buquiles, porque no nos han dado lugar para entrar allá; y calificarlo yo por verdad, no me constando serlo, si después parece ser falso, se inferiría ser poco verídico este mi papel y así no lo refiero.

Es un género de menosprecio muy grande entre estos indios no haber hecho muerte ninguna, y así los que tienen algún poco de oro con que pagar las muertes, son muy dados a este vicio: de suerte que suelen comprar esclavos o negrillos del monte para que sus hijos los maten, Maniatado el pobre esclavo o negrillo, llevan dicho penitente a donde

están los niños de tres a siete años, y allí le matan y en él aprenden a sangrentar sus ánimos y todas sus potencias; de suerte que después, de grandes, salen con tan perversa costumbre. ¡Cosa rara!: suelen comprar, para este efecto, muchos negros y esclavos, y si uno no tiene caudal para por sí solo comprar un negro o esclavo para matarle, se junta con otros y así, entre muchos, compran dicho negro. Uno compra el darle la primera lanzada o cuchillada; otro, la segunda; otro, llevarse un cuarterón de la cabeza; otro, otro pedazo; otro, media cabeza, conforme llega el caudal de cada uno, y el que con más fiereza le hiere, ese hacer mejor suerte.

Cerca de esta materia contaré un caso que me sucedió siendo Vicario de Abucai. Tuve un tiempo unos cinco muchachos zambalillos en el convento, enseñándoles el rezo y leer. Sucedió que sus padres de los tres de ellos, les vinieron a ver y les dió gana a los niños, que serían hasta siete u ocho años cada uno, de volverse a la Playa Honda con sus padres. Diles licencia porque así me lo pidieron sus padres de ellos tres; a los otros dos no les di licencia. con que se quedaron conmigo en dicho convento. Volviéndose los tres chiquillos en compañía de sus padres y pasando por Mariyumo, que es visita de Mariveles, sucedió que los indios de aquella visita que también son zambales y se diferencian muy poco de los de la Playa Honda, habían cogido aquel dia un negro de monte y le habían de matar al día siguiente. Aguardaron los zambales y los niños sus hijos a la fiesta de la muerte del negro, que para ellos el hallarse a una muerte es de tanta alegría como hallarse a una farsa o comedia o correr toros a la sortija, etc., para los españoles. Llegó esta nueva, después de dos meses, a los dos niños que

quedaban en mi poder en Abucai; contáronles la fiesta que sus tres compañeros habían tenido en el pueblo de Mariyumo hallándose a la muerte, y fué tanto lo que lo sintieron el no se haber vuelto en la ocasión pasada con sus tres compañeros, que se pusieron a llorar su poca dicha de no se haber vuelto con sus compañeros para hallarse también a la muerte. De aquí se puede inferir la inclinación tan grande que tienen a este vicio; pues de niños aprenden a matar los que nunca han visto ni conocido otras costumbres mejores. Y caso que alguno tenga entera noticia de la paz y quietud con que los cristianos viven mediante la Fe Católica, habiendo de vivir entre estos indios de tales costumbres, es necesario que siempre ande con la muerte entre manos o delante de los ojos, porque no podrá fiarse de ninguno; así como ellos no se fían de sí mesmos, pues cada paso que dan es un peligro de la vida. Y muchas veces matan de necesidad, a su parecer, porque no los maten a ellos, como sucede cuando ven en sus rancherías a alguno o algunos que no conocen; que, como no saben si los tales les van a matar, ellos se anticipan y les quitan la vida. Pero más regular es matar por venganza y hacerse temidos y célebres en esta materia, de los cuales hay muchos: en llegando a hacer quince muertes se ponen en las corvas de las piernas unas sartas de una frutilla blanca de zacate, que ellos llaman *bantacan*, y en llegando a diez y siete ponen dicha frutilla muy junta, a modo de rosario que llaman *tigdin*, y en siendo más de diez y nueve se quitan dicha frutilla y en su lugar ponen unos *segueis* muy pintados. Pero es de advertir que, aunque veinte hombres concurran a una muerte, para ponerse estas galas —que ellos las reputan por tales— cada uno reputa dicha

muerte por suya, como si él solo la hubiera hecho. También suelen atar una tira de hoja de anahao o palma en el cabo de su puñal o *igua*, la cual señal denota que quien la trae fué el primero que hirió al que en alguna ocasión mataron. No obstante lo dicho, si alguno va a sus rancherías en compañía de otro zambal como ellos, va bastantemente seguro, aunque más lo estuviese dentro de murallas.

VII

De la mudanza que hoy vemos en estos indios

Quien considere las bárbaras costumbres, idolatrías, supersticiones y el natural tan inclinado a matar que estos indios tienen y con que se han criado, y oyere decir o viere la mudanza tan grande y diferencia que ahora hay en todas sus costumbres respecto de cuando estaban en sus rincones y rancherías, fácilmente entenderá que ya Dios anda entres ellos y se ha ya apiadado de estas almas y las quiere para Sí. Ya a estos indios se les ha explicado en su lengua materna la inmortalidad del alma, el premio que Dios tiene para los que guardan sus mandamientos y los de Nuestra Santa Madre Iglesia, y el castigo que hay para los que los quebrantan; y cómo por cuantos pecados hace el hombre ha de llevar su castigo en esta vida o en la otra; la Unidad de Dios, Su eternidad, y juntamente lo que debe creer el hombre cristiano para poder salvarse. Esto ha hecho el P. Fr. Domingo Escalera, que ha ya penetrado su lengua y de unos a otros se ha ido comunicando, y muy pocos son ya los que no entienden esto. Cuando dicho Padre les explica algo de que ellos no han tenido noticia, se miran unos a otros como admirándose de oír lo que oyen.

Yo no he tenido habilidad para hacer otro tanto como dicho Padre; pero en lengua tagala, a los que la entienden, he procurado explicárselo también; pero muchas cosas no entienden ni yo puedo decírselo en su lengua. Y así espero en Dios ha de ser dicho Padre de mucho fruto entre estos indios por haber ya penetrado su lengua.

No guardan estos indios fiesta ninguna, ni domingo, ni Cuaresma, ni vigilia, ni viernes; y así, aunque hay muchos cristianos bautizados desde niños, era lo mismo que si fueran infieles, y no había diferencia ninguna entre infieles y cristianos. Habiéndoles explicado, en una ocasión, la gravedad del pecado de quebrantar las fiestas, se fué uno al monte y cortando cañas un domingo se hirió un pie; y corrió entre los indios que aquel indio le había castigado Dios por haber trabajado en día de domingo, y desde entonces han guardado las fiestas los domingos.

En otra ocasión, que fué miércoles de Ceniza, les dijo dicho Padre que toda la Cuaresma debían abstenerse de comer carne, y el que quebrantase dicho precepto le castigaría Dios. El día siguiente se fué un indio a cazar y habiendo muerto un ternero de carabao, estando para descuartizarle y llevárselo a su casa o al pueblo, salió la madre del ternero de un zacatal y mató al indio. Tomó de aquí ocasión el Padre para volverles a encargar la abstinencia de la carne en la Cuaresma y los viernes y vigilias, y en toda la Cuaresma apenas hubo cristiano ni infiel que se atreviera a comer carne.

* * *

Casi ocho meses estuvimos viviendo en una casilla que apenas cabían en ellas las dos camas de dos religiosos. Teníamos tres indios de Abucai que nos hacían otra casilla mayor a donde pudiéramos vivir con algún más desahogo y no había indio que se cometiese a ayudarles a los nuestros en cosa ninguna, hasta que ya vieron que el presidio de los españoles que está doce leguas del pueblo donde juntamos estos indios, tenía ya cerca de cuarenta hombres, y luego que oyeron los arcabuces en el Buquil, que estará diez leguas de dicho pueblo, se meneaban lindamente, y ya a cosa ninguna que les mandamos nos responden un *no quiero* seco, como antes nos respondían a cada paso.

VIII

De la devoción al Santísimo Rosario

Ya tengo dicho arriba que el demonio tenía desacreditado entre estos indios el Rosario de la Santísima Virgen Nuestra Señora, y aunque algunos tenían rosario que algunos fieles o religiosos se lo daban para aficionarlos a esta devoción, pero ninguno sabía rezarle, pues no había quien supiese cosa ninguna del rezo, y solamente le tenían para mostrarle a los que a sus rancherías iban a tratar y contratar para que los tuviesen por cristianos; porque es un género de afrenta en ellos el no serlo, antes bien, creían que no les sucediera cosa buena si traían el rosario al cuello. Pero viendo la estima que nosotros hacemos destas sagradas cuentas y que en sus enfermedades cuando nos piden algún remedio para sus achaques y en que nosotros no les aplicamos otra medicina más que el sagrado rosario, y luego reconocen milagrosamente mejoría de sus enfermedades, con el rosario solamente, creen que el demonio los tenía engañados y se van aficionando a esta sagrada devoción. De suerte que casados y solteros, muchachos y viejos, y ya muchísimos de ellos le traen al cuello, y le rezan algunos en sus casas y acuden otros a la iglesia, mañana y tarde, a rezar el rosario con los muchachos, y muchísimos saben ya todo el rezo, y le rezan de noche a voz alta en sus casas.

No tenían obediencia ninguna, y el día de hoy respetan mucho a su gobernardorcillo (1), a los principales y a los viejos; de suerte que si están sentados en alguna parte y llega su gobernadorcillo se levantan todos y ninguno se sienta ni cubre la cabeza hasta que su gobernadorcillo se sienta.

El P. Fr. Domingo Escalera ha vivido poco tiempo con los indios del Nuevo Toledo, después que se juntaron; y habiendo venido a dicho pueblo por los últimos días de la Cuaresma pasada y viendo la mudanza tan grande que Dios ha hecho en ellos, dijo: "Al paso que Dios les va volviendo el corazón a estos indios, antes de diez años han de ser mejores cristianos que los de Massinglo", siendo así que dichos indios de Massinglo ha más de sesenta años que son cristianos.

Cuando al principio llegamos a sus parajes, los muchachos y aun las mujeres huían de nosotros; pero el día de hoy están las mujeres más afables y acuden a la iglesia las que tienen qué vestir, y los muchachos apenas los podemos apartar de nosotros. Cuando vamos al pueblo, bajan de sus casas y nos acompañan y apenas nos dejan andar, porque nos agarran del hábito y se nos meten abajo del escapulario. Todas las mañanas y tardes acuden a la iglesia a rezar y oír Misa; antes de la Misa rezamos el rosario, y después de la Misa, todo el rezo; y por la tarde salimos de la iglesia, a modo de procesión en dos coros, y va el Padre cantando el rezo y ellos respondiendo hasta que se acaba el rezo, y entrando otra vez en la iglesia, se encienden candelas a Nuestra Señora y se le reza también el Santo Rosario.

(1) Gobernadorcillo equivalía a Presidente Municipal. Hoy, en Filipinas, equivale a Teniente de Barrio. Estaba encargado de recoger los tributos. (Nota del P. H. Muñoz, O. P.)

IX

Modo para que estos indios perseveren en estas prácticas

Son los zambales la gente más cobarde que tienen estas islas, siendo así que hasta ahora han sido tenidos de las provincias vecinas por gente de mucho valor y belicosa. Con muchas experiencias se pudiera probar su cobardía, pero no es del caso presente. Toda su fuerza consiste en huir, y su valor en esconderse. Desta cobardía procede el que cuantas muertes hacen, son todas a traición y no se da caso que peleando cara a cara, en escapando y estando el enemigo sobre aviso y con cuidado, hagan muerte ninguna, por lo sumo tímidos y cobardes que son; y así para que los que hoy tenemos en los tres pueblos referidos perseveren en sus poblaciones, el medio más eficaz y acomodado a su natural es que los españoles de la fuerza y presidio de Paynaven a quienes tienen grandísimo miedo, acudan muy a menudo a dichos pueblos y corran la tierra y lleguen hasta sus rincones antiguos, donde antiguamente vivían; y si acaso hallaren en aquellos rincones sembrado alguna cosa, lo destruyan y corten sin dejarles nada. Pero el Padre ha de tener mu-

cho cuidado de dar siempre aviso a los españoles de quién y a dónde se sembró algo que sea necesario destruir y que los bandos que su Señoría el señor Gobernador les envió para que ninguno siembre en las rancherías antiguas y que en el pueblo siembre cada casa mil pies de gaves (1) y quinientos de caña dulce, se pongan en ejecución, y que dicho soldados continúen en andar toda la sabana, como digo, muy a menudo. Pero siempre que vinieren al pueblo, que pregunten al gobernadorcillo por los que faltaren en el pueblo; y si alguno faltare pidan gente de dicho gobernadorcillo y cabezas —que ya les tienen alguna obediencia— para ir a buscar al que se hubiere ausentado, y el Padre salga por fiador del que estuviere ausente que, y como ha ya precedido un poco de temor al español, los mismos indios del pueblo irán a buscar a los que se hubieren ausentado por no ir en compañía del español al monte, porque el miedo que a dichos soldados tienen es inexplicable; y obliguen a dichos indios a hacer huertas y sementeras en el pueblo a donde tienen famosas tierras muy pingües para sementeras y huertas, y si hallaren algunos defectuosos en esto, que amaguen a reprenderle y llevarle a la fuerza para que pele arroz a los soldados, que con esta diligencia no habrá hombre que se atreva a volverse al monte. Y después que hayan perdido el miedo a los españoles, procuren malquistar los indios con los negros del monte; pero en todo caso no hagan daño ninguno dichos españoles a los indios que hallaren en el pueblo, antes les agasajen.

(1) *Gaves* son unos tubérculos dulces, muy parecidos a las patatas. (Nota del P. H. Muñoz, O. P.)

Y para que esto tenga efecto, es necesario que el señor Gobernador envíe veinte o treinta caballos a dicho paraje para que los españoles puedan recorrer la tierra, porque los caminos son intolerables, en especial desde la fuerza hasta Santa Rosa de Banguen, que hay seis leguas de un arenal muy molesto, sin gota de agua dulce en tiempo de secas; y desde Santa Rosa de Banguen hasta Nuevo Toledo, hay otras seis leguas sin que se halle un árbol a donde poder sestear. Y así, sin dichos caballos, no se podrá hacer nada, porque todos los que fueren a dichos parajes corren mucho riesgo del sol, como sucedió cuando el ayudante Alfonso Muñoz Franco fué a dicho pueblo a hacer las elecciones, que casi todos los españoles que le acompañaron cayeron enfermos. Y dichos caballos serán de mucho alivio a los soldados para hacer carne, porque esta tierra tiene mucha caza; y con ellos podrán también correr las tierras del Buquil y atemorizar a los renuentes. Y como menudeen los españoles en estas idas y venidas a los pueblos y al Buquil, ningún indio se irá al monte viendo que en el pueblo no les hacen mal. Y viendo los del monte su inquietud y que no están seguros, y sus sembrados se los destruyen los españoles, se bajarán a sembrar y vivir en poblado; porque ya el día de hoy, si no se bajan los del monte es porque tienen miedo que los españoles los castiguen por no haberse bajado antes.

Y para quitar todas sus malas costumbres, después de haberles predicado contra ellas, probándoles con razones naturales muy manuales y claras, con algunos ejemplos que les causen horror, el medio más eficaz que hallo es averiguárselas todas y

darse el Padre por entendido que las sabe todas, y hacer burla de ellos porque no conocen que aquello es malo. Y si esto no bastase, meterles miedo de que el Padre se quiere retirar porque ellos no quieren aprender buenas costumbres y dejar sus abusos y atrocidades, para que en tal caso vengan los españoles sobre ellos y los atemoricen a todos, que mediante el miedo que tienen, hará el Padre de ellos cuanto conviniere para bien de sus almas.

INDICE

Págs.

Licencias IV
Nota V
Dedicatoria VII
Advertencia IX
Introducción, por el P. Fr. Honorio Muñoz, O. P. XI

PRIMERA PARTE

Vida del V. P. Fr. Domingo Pérez, O. P., por el P. Fr. Juan Peguero, O. P.

Capítulo I: Del nacimiento y crianza del Venerable Padre Fr. Domingo Pérez y de cómo tomó el Hábito de Predicadores 5
Capítulo II: De cómo pasó a Filipinas el V. P. Domingo Pérez 11
Capítulo III: De cómo el V. P. Domingo fué Presidente de Orión, Vicario de Samal y de Abucal, y entró dos veces en Zambales 17
Capítulo IV: De cómo el V. P. Domingo fué segunda vez Vicario de Samal, y fué a los montes a misión; y después Vicario de Binondoc 25
Capítulo V: De cómo el V. P. Domingo fué tercera vez a misión a los Zambales 31
Capítulo VI: De las estratagemas de que se valió el V. P. Domingo para atraer y mantener en poblado a los zambales, y cómo los introdujo a labradores ... 35

Págs.

Capítulo VII: De los peligros de muerte que Nuestro Señor libró al V. P. Domingo y otras maravillas que Su Majestad obró 41
Capítulo VIII: De algunas inquietudes de los indios y cómo acordaron matar al V. P. Domingo Pérez ... 47
Capítulo IX: Del modo que tuvo el V. P. Domingo en descubrir y perseguir las idolatrías; y por ello acuerdan cortarle la cabeza 55
Capítulo X: De cómo Calignao y Quibacar atravesaron con una flecha al V. P. Domingo, de que murió al tercero día, y fueron llevados a Manila sus huesos. 63
Capítulo XI: De las maravillas que Nuestro Señor ha obrado en el lugar del martirio y otros adyacentes. 71

SEGUNDA PARTE

Relación de los indios zambales de la Playa Honda: su sitio, sus costumbres, por el P. Domingo Pérez, O. P.

Advertencia 79
Prólogo 81
Del sitio y paraje de la Playa Honda 83
De las idolatrías de todos estos indios 91
De las supersticiones de estos indios 99
De las costumbres de estos indios 103
De los casamientos 109
De los entierros 115
De la mudanza que hoy vemos en estos indios 119
De la devoción al Smo. Rosario 123
Modo para que estos indios perseveren en estas prácticas. 125
Indice 129
Colofón 131

Terminóse de imprimir esta publicación del CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES *el día 3 de diciembre de 1951, festividad de San Francisco de Javier, Apóstol de las Indias y del Japón, en los Talleres Tipográficos de «Editorial Cantabria, S. A.»*

LAUS DEO

Precio: 30 pesetas